

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



ACADEMIA DE AMOR

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Academia de amor”:
Juan Antonio Ríos Carratalá.

ACADEMIA DE AMOR

(COMEDIA EN TRES ACTOS, EL TERCERO
DIVIDIDO EN DOS CUADROS)

A IRENE LÓPEZ HEREDIA¹

¹ Víctor Ruiz Iriarte, joven comediógrafo todavía a la espera de una consagración en la escena, muestra mediante esta dedicatoria su agradecimiento a la primera actriz que confió en una obra ajustada a sus necesidades como dama de los escenarios. También aprovechó la «Autocrítica» publicada en el ABC (6 oct. 1946) para rendir homenaje «a la actriz que con tanto cariño acogió desde el primer día mi comedia y la llevó alegremente por las provincias del norte y hoy, con la misma alegría, la presenta al público de Madrid». El autor ganó por esta comedia el Premio Piquer de la Real Academia Española en 1946, pero no cosechó excesivos favores de crítica y público. El mismo Ruiz Iriarte la repudiaría años más tarde por ingenua, aunque la llamada telefónica de José M^a Pemán, por entonces director de la Real Academia Española, para comunicarle el premio le había proporcionado una gran alegría.

Esta comedia fue estrenada por primera vez en España en el teatro Gran Kursaal, de San Sebastián, el día 17 de julio de 1946, y en Madrid el 7 de octubre del mismo año en el teatro Calderón.²

En el Gran Kursaal:

Madame Fleriot	IRENE LÓPEZ HEREDIA
Adela	ASUNCIÓN MONTIJANO
Diana	MARÍA LUISA TEJEDOR
Cristina	CARMEN BLÁZQUEZ
Guillermina	MONTSERRAT CASAS
Marcela	ISABEL SANDOVAL
Isabel	LUISA DÍAZ
Cecilia	MARÍA CUADRENY
Luciano	VICENTE SOLER
Fernando	FRANCISCO ALONSO
Tomás	MANUEL D. VELASCO

En el Calderón:

Madame Fleriot	IRENE LÓPEZ HEREDIA
Adela	ASUNCIÓN MONTIJANO
Diana	MARÍA LUISA TEJEDOR
Cristina	CARMEN BLÁZQUEZ
Guillermina	LUISA DÍAZ
Marcela	ISABEL SANDOVAL
Isabel	MERCEDES YARZA
Cecilia	MARÍA MONTILLA
Luciano	LUIS S. TORRECILLA
Fernando	FRANCISCO ALONSO
Tomás	MANUEL D. VELASCO

² La dirección correspondió a Luis Hurtado Álvarez que, como es habitual en la época, apenas fue mencionado en las críticas; se omite su nombre en las ediciones.

ACTO PRIMERO

La escena es una amplia estancia, elegante y graciosa, con un alegre encanto femenino en el clima y hasta en el olor. Al fondo, un alto balcón a la calle velado por suavísimas colgaduras blancas que transparentan luz de primavera. En el fondo, también a un lado, hay un entrante bastante amplio de planta rectangular. La puerta de entrada se supone a la izquierda de este rectángulo —izquierda del espectador—, pero no se ve. En el fondo de este mismo departamento hay una pequeña puertecita, una mesita con teléfono y unas flores. Esta pequeña habitación del fondo puede separarse del primer término de la escena con unos cortinajes que se corren cuando la acción lo precise. En primer término, en la estancia grande, hay puertas a derecha e izquierda, un tresillo de clara tapicería, una mesa camilla con coquetona vestidura, un piano en el ángulo, flores, etc. Cuando se levanta el telón, está en escena, sentada en la mesita escritorio, Cristina. Una mujer de cierta edad, de apariencia sosegada y decidida y con alguna natural distinción. A los pocos segundos entra en escena, por la puerta del vestíbulo, Luciano. Es un hombre joven, de treinta y cinco a treinta y seis años [sic]. En los ojos y en la sonrisa se le nota que es dado a los sueños alegres. Entra con un aire enormemente distraído... Cristina le ve entrar sorprendidísima y se pone en pie.

CRISTINA.—¡Caballero! ¿Quién es usted?

LUCIANO.—Felicísimas tardes, señorita... Aquí está mi tarjeta. Que pasen recado al señor Claramunt.

CRISTINA.—Caballero: está usted equivocado. (*Superior*) No conozco a ese señor Claramunt.

LUCIANO.—¿Qué dice usted? (*Mira en torno un poco azorado*) Pero ¿no es esta la oficina de la compañía de seguros El Firmamento?

CRISTINA.—(*Casi con desprecio*) No, señor.

LUCIANO.—¿No es esta la casa número 162 de la Gran Vía?

CRISTINA.—Sí, señor. Pero la compañía de seguros está en el piso sexto y este es el piso séptimo.

LUCIANO.—No diga usted más... (*Ríe divertido*) ¡Me he equivocado de piso! Estas cosas me pasan con mucha frecuencia... Soy muy distraído. Y como la puerta estaba abierta.

CRISTINA.—La puerta de esta casa siempre está abierta.

LUCIANO.—¡Ya! Ya sé dónde estoy. ¡Esta es la casa de mademoiselle Pepita, la modista!

CRISTINA.—No señor.

LUCIANO.—¿De veras?

CRISTINA.—Mademoiselle Pepita es en el piso décimo.

LUCIANO.—(*Consternadísimo*) ¡Qué horror! No acierto una. Bueno. Es que estas casas modernas son un laberinto. Todos los pisos son iguales...

CRISTINA.—(*Implacable*) Como las antiguas, sí señor.

LUCIANO.—(*Inspirado*) ¡Ah! Ya caigo. Estoy en la consulta del doctor Mendoza...

CRISTINA.—Tampoco...

LUCIANO.—¿Tampoco? (*Saluda azorado y marcha hacia el fondo*) Señorita, he tenido mucho gusto... Con su permiso... (*Y sale. Cristina sonríe; sola, maneja unos papeles sobre su mesa. Pausa pequeña. Vuelve Luciano, indignadísimo*) ¡Señorita!

CRISTINA.—¡Caballero!

LUCIANO.—¡Señorita! Por todos los santos: si no estoy en las oficinas de la compañía de seguros, ni en casa de mademoiselle Pepita, ni en la consulta del doctor Mendoza, ¿quiere usted decirme dónde estoy?

CRISTINA.—(*Sonríe*) Encantada; pero guárdeme usted el secreto. (*Con cierta gravedad*) Está usted en la academia de amor de madame Fleriot...

LUCIANO.—¡Ah! Bueno. (*De pronto. Casi pega un brinco*) ¡Señorita!!

CRISTINA.—(*Se asusta*) ¡Señor mío!

LUCIANO.—Por favor, repítalo usted. ¿Qué casa ha dicho usted que es esta?

CRISTINA.—(*Con naturalidad*) Esta es la academia de amor de madame Fleriot...

LUCIANO.—(*Silva y mira en torno*) ¡Uyyy! De manera que esto es una academia de amor.

CRISTINA.—(*Amablemente*) Sí, señor. (*Ufana*) Es el único establecimiento en su género.

LUCIANO.—Lo creo. Entonces, aquí se dan clases de amor.

CRISTINA.—¡Naturalmente!

LUCIANO.—Como si el amor fuera el latín o la geometría...

CRISTINA.—(*Con severidad*) Señor mío... El amor es mucho más importante que la geometría y el latín...

LUCIANO.—¡Toma! Y más que la historia natural. Qué me va usted a decir a mí: si yo soy un romántico y todas mis desdichas me vienen por no saber la asignatura.

CRISTINA.—¿Es posible?

LUCIANO.—¡Digo! Soy un tímido. A mis años todavía no he encontrado la mujer ideal. (*Melancólico*) La mujer ideal tiene un gran defecto: no le interesan los hombres.

CRISTINA.—¡Oh! (*Suena el teléfono de la mesita. Cristina corre allí, lo toma y habla. Luciano la oye atento y embobado*) Con su permiso... ¡Aló! Sí; sí, señora. Esta es la casa de madame Fleriot. Soy la señorita Cristina, su secretaria. Hable sin reservas, señora. ¡Naturalmente! Señora, por Dios... No, eso no... En este momento, madame no se puede poner al aparato: está dando clase a las alumnas de primer año.

LUCIANO.—¡Alumnas de primer año!

CRISTINA.—(*Al teléfono*) Sí, unas muchachas. Madame les da un poco de cultura general amorosa. Lo indispensable para que las chicas se desenvuelvan en sociedad y puedan flirtear sin peligro... (*Una pausa*) ¡Ah!... ¿Es un caso grave? Tranquilícese... Madame resuelve hasta los casos imposibles. ¡Oh! Interesantísimo. Los problemas amorosos de las casadas siempre tienen más interés. No; no, señora. Eso no... No se suicide usted. A las casadas no les conviene dar un escándalo. Venga dentro de media hora. La recibirá madame Fleriot... (*Y cuelga*).

LUCIANO.—(*Que ha escuchado asustadísimo*) Pero ¿usted cree que esa señora se suicidará?

CRISTINA.—(*Piadosamente*) Caballero, qué poco conoce usted a las mujeres.

LUCIANO.—Poquísimo. Tiene usted razón. ¡No se suicida!

CRISTINA.—(*Superior*) Al contrario. Es muy capaz de matarse...

LUCIANO.—Ya. (*Cada vez más azorado*) Verdaderamente, está usted en lo cierto. Nunca conoce uno a las mujeres. Sin embargo, señorita, yo me he enamorado varias veces en mi vida. Pero la verdad es que los hombres nunca conocemos a las mujeres porque no nos enamoramos de esta mujer o de aquella... No, no. Nos enamoramos de las mujeres. De todas. Los hombres sentimos el amor de un modo universal. Las mujeres, como son más egoístas, lo sienten en particular... Por eso es muy difícil ponerse de acuerdo y hay tan pocas parejas felices. ¿Usted me comprende, señorita?

CRISTINA.—(*Irónica*) Perfectamente. Y decía usted que era un tímido...

LUCIANO.—Sí, señorita. Es una fatalidad.

CRISTINA.—¡Oh! ¿Y no ha visto usted al entrar aquí un cartel pequeñito debajo de la mirilla?

LUCIANO.—¿Un cartel? No, no... Soy distraidísimo. ¿Qué dice?

CRISTINA.—(*Con severidad*) Dice: «Solo para mujeres».

LUCIANO.—¿Solo para mujeres? Entonces me quedo. (*Y se sienta tranquilamente*).

CRISTINA.—¡Oiga!

LUCIANO.—Sí, señorita. Me quedo y no saldré de aquí hasta que me diga usted quién es esa maravillosa madame Fleriot.

CRISTINA.—Madame Fleriot es una mujer extraordinaria.

LUCIANO.—¿De veras?

CRISTINA.—Madame Fleriot da lecciones de amor. Enseña, aconseja... Resuelve los casos más difíciles. Muchas mujeres aman y no son correspondidas. Madame les enseña el camino para conquistar al hombre que aman. A otras, ya casadas, las engañan los maridos. Madame Fleriot les enseña el método para la reconquista del marido, que es muchísimo más difícil que la conquista del novio. *(Transición)* ¡Ay! ¡Dios mío!

LUCIANO.—¡Señorita! ¿Qué ocurre?

CRISTINA.—Alguien viene... Han abierto la puerta. Y no pueden verle a usted aquí. Vamos escóndase ahí, un minuto.

LUCIANO.—Pero, señorita...

CRISTINA.—¡Vivo!

(Luciano, de un brinco, desaparece por una puerta próxima. En el departamento del fondo aparece enseguida una señora joven. Es una mujer de aspecto distinguido y apacible. Traje de calle y sombrero. Trae un ramo de flores en las manos)

CECILIA.—Buenas tardes, Cristina. ¿Madame?

CRISTINA.—Buenas tardes, señora. Madame tiene unas muchachas...

CECILIA.—Esperaré en el mirador... No tengo prisa. Pero no me iré sin darle las gracias.

CRISTINA.—¿Su asunto va bien, señora?

CECILIA.—*(Emocionadísima)* ¡Maravillosamente bien, Cristina! ¡Se ha terminado!

CRISTINA.—¡Enhorabuena! ¡Qué alegría!

CECILIA.—Mi marido me ha regalado esta mañana un ramo de flores... Mírelas. Le traigo a madame la mitad. Se las merece... Hace tres noches que no sale solo de casa. Anoche me llevó a un restaurante. Bailamos. Me hizo el amor como cuando éramos novios. Si usted supiera... Parece otro hombre... ¡Qué feliz soy, Dios mío! ¡¡Qué feliz!!

CRISTINA.—¡Señora!

CECILIA.—Toda esta alegría se la debo a madame. Yo no hice más que seguir sus consejos al pie de la letra... ¡Ay, Cristina! No sé por qué tengo ganas de llorar. Es tanta, tanta felicidad...

(Y sale casi llorando realmente. Luciano asoma la cabeza)

LUCIANO.—¡Asombroso!

CRISTINA.—¿Ha oído usted eso?

LUCIANO.—Todo.

CRISTINA.—(*Con ternura*) La pobre... También se quería suicidar...

LUCIANO.—¿También?

CRISTINA.—Sí; su caso es muy corriente. La pobrecita es lo que se llama una mujer de su casa. Ya sabe usted cómo son estas mujeres: dóciles, obedientes, sencillas. Los hombres se acostumbran a ellas como se acostumbran a su mesa de despacho... Y, claro, inmediatamente dejan de quererlas. Una mujer de su casa, si no es inteligente, puede hacer odiosa a cualquier hombre la vida del hogar. Así era esta. Se necesitaba algo que conmoviera enérgicamente al marido. Y madame Fleriot, como siempre, acertó con el remedio. Ha bastado con que esta señora fingiera una pequeña enfermedad —nada: quince días en cama— y el marido ha reaccionado. Se ha vuelto a enamorar de ella... (*Superior*) Un caso fácil.

LUCIANO.—(*Atónito*) ¡Qué barbaridad! ¡Pobre hombre! Pero ¿sucede siempre igual?

CRISTINA.—¡Siempre! Madame Fleriot es infalible. Para las solteras tiene un lema: todas se pueden casar... Y otro para las casadas: la amante pierde siempre. (*Con orgullo*) ¡Madame Fleriot es una mujer excepcional!

LUCIANO.—Pero esto es asombroso...

CRISTINA.—Madame Fleriot aspira a encontrar la felicidad para todas las mujeres que acudan a ella. Tenemos clases elementales para solteras y un consultorio privado para todas las mujeres, solteras o casadas, que lo soliciten. Pronto estableceremos unas consultas nocturnas para las muchachas que trabajan todo el día...

LUCIANO.—(*Absorto*) ¡Como en las oposiciones de Hacienda!

CRISTINA.—Lo mismo; sí, señor. (*Filosófica*) En realidad, la vida de una mujer es una perpetua oposición hasta que se casa, que es la plaza definitiva. Claro que algunas, después de casadas, pedirían el traslado de muy buena gana...

LUCIANO.—(*Admiradísimo*) ¡Estupendo! ¡Y todo esto aquí, en Madrid, en la Gran Vía!

CRISTINA.—162, piso séptimo...

LUCIANO.—¡Y en secreto! Porque todo esto es un secreto. No lo sabe nadie.

CRISTINA.—(*Sonriendo*) ¡Oh! Usted es de los pocos hombres que lo saben... Pero las mujeres, todas. En Madrid la fama de madame Fleriot ha corrido como la pólvora... Es muy difícil que una señora se sienta desgraciada y no encuentre a su lado otra mujer que le proporcione el teléfono de madame Fleriot...

Créame usted; madame está agobiadísima de trabajo. (*Amablemente*) Y ahora que ya lo sabe usted todo, ¿quiere usted marcharse?

LUCIANO.—¡No!

CRISTINA.—¡Señor mío!

LUCIANO.— (*Decidido*) Ahora menos que nunca. Necesito conocer a esta maravillosa mujer...

(*Rumor de risas femeninas dentro, pero muy cerca*)

CRISTINA.—¡Imposible!

LUCIANO.—Señorita, estoy decidido.

(*Más risas dentro y más cerca*)

CRISTINA.—Por favor, es necesario que salga usted. Las muchachas no pueden verle aquí. Son señoritas honorables que si viesen un hombre en esta casa perderían la confianza en madame... Se lo suplico. ¡Márchese!

LUCIANO.—Pero...

CRISTINA.—¡Oh! Ahora mismo...

(*Le coge de un brazo y se lo lleva por el departamento del fondo*)

LUCIANO.—¡Señorita!

CRISTINA.—¡Chis!... No grite. ¡Esto es demasiado!

(*Entran Guillermina, Isabel y Marcela. Las tres tienen una radiante juventud*)

GUILLERMINA.—Bueno... ¡Es extraordinaria!

ISABEL.—¡No hay otra mujer como ella!

GUILLERMINA.—¿Oísteis lo que me dijo? Me ha prohibido que lea más novelas de Maurois.³

ISABEL.—¡Ay! ¿Sí?

GUILLERMINA.—Sí, sí... Dice que el amor en las novelas francesas es como el mar en las postales: propaganda para turismo.

MARCELA.—¡Toma!

3 *André Maurois* (1885-1967): novelista y ensayista francés.

GUILLERMINA.—Siempre acierta.

MARCELA.—No falla una. (*Suspira*) A mí me ha dejado hoy más triste...

ISABEL.—¿Por qué?

MARCELA.—Pche... (*Con cómica melancolía*) Me ha preguntado por qué estoy enamorada de mi novio y le he dicho la verdad: porque Jerónimo es un poco rubio y tiene un bigotito. Y me ha dicho que rompa las relaciones.

GUILLERMINA.—¡Anda!

MARCELA.—Sí... Madame dice que quien me gusta a mí es Melwyn Douglas.⁴ (*Ríen las otras*) ¡Pobre Jerónimo!

GUILLERMINA.—Hoy estaba guapísima con su traje negro y su pelo rubio. (*Chasca la lengua ponderativamente*) Es de un chic...

MARCELA.—(*Entusiasmándose*) Es un mujer imponente. Pero a mí lo que más me gusta de madame Fleriot es su misterio.

GUILLERMINA.—¡Qué novelera eres!

MARCELA.—Solo sabemos de ella que llegó a Madrid hace seis meses, tomó este piso...

ISABEL.—¿Qué importa? Es maravillosa. ¡Cómo conoce a los hombres!

MARCELA.—¡Digo! Y cómo nos conoce a nosotras, que es mucho más difícil. Porque a los hombres se les conoce al cabo del tiempo, pero como para las mujeres no pasa el tiempo...

ISABEL.—Yo creo que el secreto de madame está en que ha vivido mucho.

MARCELA.—(*Intrigada*) Yo estoy segura de que madame tiene una historia. Una historia llena de aventuras muy románticas...

ISABEL.—Vamos... Tú crees que madame es una aventurera.

MARCELA.—¿Por qué no? ¡Ay! A mí también me gustaría ser una aventurera...

GUILLERMINA.—(*Asustada*) ¡Mujer!

ISABEL.—¡Criatura!

MARCELA.—(*Dignísima*) Una aventurera muy decente, ¿qué pasa?

ISABEL.—¡Ah!

GUILLERMINA.—¡Bueno!

MARCELA.—Yo sé lo que digo. Todo menos vivir una vida tonta, como la de mamá o la de mi tía Manolina. ¡Jamás!! Yo no podría casarme con un hombre como mi tío.

GUILLERMINA.—¡Claro! Es viejísimo.

MARCELA.—No es por eso. Es que es de Correos. ¡Ay, Dios mío! Es tan hermoso el amor...

4 Melvyn Douglas (1901-1981): excelente y elegante actor norteamericano. Su momento de máxima popularidad coincide con el estreno de la comedia de Ruiz Iriarte.

ISABEL.—*(Con cierto rubor)* ¡Bah! Yo no creo en el amor...

MARCELA.—¡Isabel!

GUILLERMINA.—¿Qué estás diciendo?

ISABEL.—Nunca os lo he dicho. Pero es la verdad. No puedo creer en el amor. Es mentira, todo mentira. ¡Y no quiero casarme!

GUILLERMINA.—Pero, chiquilla... ¿Qué dices?

MARCELA.—Oye, tú: si no crees en el amor, ¿por qué vienes a casa de madame Fleriot?

ISABEL.—¡Porque me divierte! *(Sonríe)* Pero en mi casa no lo saben. No me lo permitirían.

GUILLERMINA.—Mi padre tampoco lo sabe. Cree que a esta hora estoy en clase de griego. Ya ves; el griego no sirve para nada, pero para estas cosas vale.

MARCELA.—Porque vuestros padres son muy a la antigua. A mamá, en cambio, le encanta que yo entienda de estas cosas... Además, le conviene.

ISABEL.—¿Que le conviene?

MARCELA.—¡Claro! Siempre que riñe con papá me pide consejo. Y no os quiero contar. Desde hace una temporada papá está desconocido. ¡El pobre! A mí ya me da lástima...

(Cruza la escena Cecilia. Vuelve felicísima como se fue. Pasa deprisa y, sin detenerse, saluda con mucha efusión a las muchachas)

CECILIA.—Buenas tardes... *(Contentísima. Parece que habla y llora al mismo tiempo)* ¡Qué alegría da el buen tiempo! ¡Y yo estoy tan contenta! ¡Qué contenta estoy! ¡Ay! *(Y sale. Las tres muchachas la ven desaparecer sin tiempo apenas para saludarla).*

MARCELA.—*(Fascinada)* ¡Otra!

GUILLERMINA.—¿Cómo?

MARCELA.—¡Otra que ha curado madame Fleriot! No hay más que verla. Va llorando de felicidad...

GUILLERMINA.—¡Qué mujer!

ISABEL.—¡Es asombroso!

(Aparece Cristina en el departamento del fondo y se sienta en el escritorio)

MARCELA.—¡Chis! La secretaria. *(Coge del brazo a las otras y se las lleva hacia la puerta)* ¡Vámonos!

ISABEL.—Pero, Marcela...

GUILLERMINA.—¿Qué prisa te ha dado?

CECILIA.—¡Vámonos de aquí! ¡Voy a plantar a Jerónimo!

(Salen las tres riendo. Al pasar junto a Cristina, esta sonrío)

CRISTINA.—Hasta mañana, señoritas...

(Queda sola en su escritorio. Al cabo de una pequeña pausa, surge de nuevo el rostro sonriente y tímido de Luciano)

LUCIANO.—Señorita...

CRISTINA.—*(Espantada)* ¡Usted! ¡Usted otra vez!

LUCIANO.—Sí, señorita. El mismo. He vuelto y volveré más tarde, y mañana, y pasado... Aunque me vuelva usted a echar de aquí.

CRISTINA.—¡Dios mío!

LUCIANO.—Señorita, sea usted bondadosa conmigo. Yo soy muy tímido.

CRISTINA.—¡Oh! No hay más que verlo...

LUCIANO.—*(Sonríe)* No me ha dejado usted terminar... Todo esto es un complejo de mi propia timidez. ¿Usted sabe lo que es un complejo?

CRISTINA.—No. Pero usted tampoco. Porque el que sabe lo que tiene, no tiene un complejo.

LUCIANO.—*(Ríe)* Magnífico. En esta casa todo es magnífico, hasta la secretaria. Señorita, le ruego que pase mi recado a madame Fleriot. Necesito que me reciba.

CRISTINA.—¡Imposible! Madame Fleriot no recibe a los hombres.

LUCIANO.—Voy a exponerle mi caso... Es desesperado.

CRISTINA.—¿De veras?

LUCIANO.—¡Treinta y cinco años de soltería!

CRISTINA.—¡Oh!

LUCIANO.—Compadézcase de mí, señorita.

CRISTINA.—¿Quiere usted salir?

LUCIANO.—Mire usted, señorita... Yo he llegado hace unos minutos a la casa número 162 de la Gran Vía dispuesto a visitar al señor Claramunt, gerente de la compañía de seguros. Yo soy agente de la casa. Le traigo el seguro más importante que he hecho en mi vida. Pero, créame usted, señorita, ya no me importa nada ni Claramunt, ni el seguro, ni siquiera mi porvenir... He entrado en este piso hace unos minutos equivocadamente. Me he encontrado en un establecimiento fabuloso donde hay una misteriosa mujer que es profesora

de amor... Por favor. No insista usted, señorita. *(Se sienta tranquilamente)*
 ¡No me iré sin conocer a madame Fleriot!

CRISTINA.—¡Márchese! ¡Ahora mismo!

LUCIANO.—¡Nunca!

CRISTINA.—¡Es usted insoportable!

(Aparece silenciosamente en el fondo madame Fleriot. Es una mujer arrogante, distinguida, elegantísima. Tiene una sonrisa deliciosa y un donaire superior. Por su desenvoltura y su suave elegancia parece una mujer que ha viajado mucho y puede hablar dos o tres idiomas. Se detiene en la puerta cuando entra y dirige una mirada fría a Luciano. Madame viste un largo y elegante vestido que le llega hasta el suelo)

MADAME.—¿Qué sucede, Cristina?

CRISTINA.—¡Madame!

LUCIANO.—*(Se pone bruscamente en pie y la contempla deslumbrado)* ¡Señora!

MADAME.—¿Qué significa esto? ¿Quién es este caballero?

CRISTINA.—Madame, yo le explicaré... El señor se ha equivocado de piso. Después ha insistido... Madame, yo no he tenido la culpa. Ha querido conocer a madame. Figúrese, madame... ¡Es un indiscreto! ¡Un curioso insoportable!

MADAME.—Está bien, Cristina... Puede usted retirarse.

CRISTINA.—¡Oh!

(Se va por el fondo mirando airadamente a Luciano. Una pequeña pausa. Madame se vuelve hacia Luciano y le observa con curiosidad y un poco de recelo. Él está encantado)

LUCIANO.—De manera que usted es madame Fleriot...

MADAME.—Sí... ¿Qué quiere usted de mí?

LUCIANO.—¿La maravillosa madame Fleriot? ¡Usted!

MADAME.—La misma... Me parece que le he decepcionado. ¿No es eso?

LUCIANO.—*(Sonríe)* Completamente.

MADAME.—*(Irónica)* ¡Qué horror!

LUCIANO.—Estoy estupendamente decepcionado... Mire usted, señora; mi vida es una serie de decepciones. Me decepcioné espantosamente la primera vez que estuve en París. Me decepcionó de un modo horrible el primer día que vi el mar. Me decepcionó atrozmente el primer amor. Todo, todo. Bueno; pues usted también acaba de decepcionarme, pero no como París

o el Mediterráneo, sino al revés... Señora, nunca pude figurarme que la misteriosa madame Fleriot fuese una mujer como usted.

MADAME.—¿De veras?

LUCIANO.—Tan seductora, tan adorable...

MADAME.—(*Muy seria*) Gracias... ¿Cómo me imaginaba usted?

LUCIANO.—Otra clase de mujer... Quizá como una viejecita.

MADAME.—Una viejecita con el pelo muy blanco, sentada junto a una mesa camilla con una bola de cristal y una baraja en la mano ¿No es eso?

LUCIANO.—(*Encantado*) ¡Quién sabe!

MADAME.—Una echadora de cartas. ¡Qué poca imaginación tienen los hombres! Señor mío: el psicoanálisis ha terminado con las echadoras de cartas. Las pobres se equivocaban lo mismo que los médicos psicoanalistas, pero cobraban mucho más barato... (*Una levísima pausa*) Bien. ¿Y usted qué busca aquí, en mi casa?

LUCIANO.—Nada...

MADAME.—¿Quién es usted?

LUCIANO.—Nadie...

MADAME.—¡Ah!

LUCIANO.—O casi nadie... Me presentaré y verá usted que no tengo ninguna importancia. Luciano Vargas, soltero, agente de seguros. Un producto de la civilización.

MADAME.—¿Cómo?

LUCIANO.—Sí, señora. Yo soy un contemplativo...

MADAME.—¿Quiere usted decir que no trabaja nunca?

LUCIANO.—Muy poco... Lo justo. Un ratito por las mañanas. Por las tardes contemplo este fenómeno maravilloso que es la vida. Paseo por el Retiro después de almorzar, ando por la Gran Vía al anochecer y por la noche sueño entre los árboles de Recoletos... Nada. Ya le he dicho a usted que soy un contemplativo.

MADAME.—¡Magnífico! Supongo que se divertirá usted mucho.

LUCIANO.—Muchísimo. Lo paso muy bien.

MADAME.—¿Y a esto llama usted ser un producto de la civilización?

LUCIANO.—Sí, señora... La civilización es tan poderosa que se puede permitir a sí misma el lujo de que unos pocos hombres sentimentales como yo pasen la vida contemplando cómo pierden el tiempo los que se afanan a todas horas...

MADAME.—¡Soberbio! (*Sonríe con ironía*) Y ¿qué quiere usted de mí?

LUCIANO.—(*Con una tímida sonrisa*) Conocerla...

MADAME.—¡Ah! Entonces ya hemos terminado. Buenas noches.

LUCIANO.—¡Quia! De ninguna manera...

MADAME.—¿Cómo?

LUCIANO.—No, no... Pero señora, ¿no comprende usted que estoy intrigadísimo? Ha organizado usted el establecimiento más singular del mundo: nada menos que una academia de amor... Realiza usted milagros con las mujeres que caen en sus manos... Se ha constituido usted a sí misma en doctora en amor.

MADAME.—(*Ríe suavemente*) ¡Doctora en amor! ¿Verdad que es un hermoso título?

LUCIANO.—¡Delicioso! (*Se acerca despacio*) Pero, ¿de verdad, señora, sabe usted mucho de amor?

MADAME.—¿Lo duda usted?

LUCIANO.—¡Oh, no! Entonces... ¿Ha amado usted mucho?

MADAME.—(*Deja de sonreír y calla un instante*) Sí...

LUCIANO.—¡Ah! (*Una suave pausa*) Bueno. Creo que soy un poco impertinente...

MADAME.—Es usted muy perspicaz...

(*Entra Cristina y se detiene en el fondo*)

CRISTINA.—Con permiso, madame...

MADAME.—¿Qué ocurre?

CRISTINA.—En el «hall» hay una señora que espera desde hace diez minutos.

MADAME.—¿Nueva?

CRISTINA.—Sí. Es la primera vez que viene. No quiere dar su nombre.

MADAME.—La recibiré ahora mismo... (*A Luciano*) Lo siento.

CRISTINA.—Tiene usted que salir por la escalera interior... (*Señala una puerta*).

LUCIANO.—No se preocupe. ¡Volveré!

MADAME.—¿Cómo?

CRISTINA.—¿Qué dice?

LUCIANO.—Señora, todo esto es demasiado tentador. Usted, esta casa, esas mujeres que esperan de usted la felicidad... Ya le he dicho a usted que yo soy muy curioso. (*Feliz*) Y, además, como por las tardes no hago nada... Lo dicho: ¡volveré!

CRISTINA.—(*Indignada*) Pero...

LUCIANO.—(*Desde la puerta*) Buenas tardes, madame; buenas tardes, señorita. (*Y sale*).

CRISTINA.—¡Desahogado! (*Ríe Madame*) ¿Qué quería?

MADAME.—¡Nada! Un poco de curiosidad... Es natural.

CRISTINA.—¡Hum! No me fío.

MADAME.—Es muy simpático y muy alegre...

CRISTINA.—¡Paulina!

MADAME.—Pero Cristina... (*Riendo*).

CRISTINA.—Es que te temo...

MADAME.—¡Oh! Descuida. Aquella Paulina ha muerto...

CRISTINA.—(*Iba a salir y vuelve*) ¡Paulina! No te lo quiero ocultar. Tengo miedo.

MADAME.—(*Sonriente*) ¿Qué dices?

CRISTINA.—Sí, sí... Me parece que has ido demasiado lejos... Tu casa se está haciendo demasiado conocida.

MADAME.—Calla... No importa. Madame Fleriot es para todos una desconocida que da la felicidad con sus consejos a unas pobres mujeres desgraciadas, locas de amor, de celos o de odio... A la gente le fascina lo fabuloso y, ya ves, lo fabuloso es muy fácil de hacer... A Paulina no la conoce nadie más que tú. A los demás solo les importa madame Fleriot. (*Sonríe*) ¡Madame Fleriot, doctora en amor! ¿No es bonito, Cristina? Mira, hoy estoy muy contenta. (*En otra voz*) ¿La has visto?

CRISTINA.—Sí. Salió de aquí con sus dos amigas hace un instante. Estaba muy bonita y muy contenta. Es un ángel.

MADAME.—¡Oh! Y aún dices que hemos ido demasiado lejos... Soy tan feliz viéndola a diario... Sería horrible volver otra vez a París, a nuestra vida de antes... Además, ¿quieres saberlo todo? Me encanta esta vida nueva y original. Toda mi vida he querido ser una mujer distinta a las demás. Ahora lo soy más que nunca. Cada mujer que entra por esa puerta dispuesta a confiarme sus secretos más íntimos es como un triunfo mío... Yo puedo crearle un nuevo destino. ¿Comprendes qué hermoso es esto, Cristina? (*Sonríe halagada*) ¡Madame Fleriot, doctora en amor, no se equivoca nunca! ¡Pobres mujeres! Todavía no me ha preguntado ninguna por qué sé tanto amor... (*Transición*) ¡Cristina!

CRISTINA.—Dime...

MADAME.—¿Qué piensas?

CRISTINA.—Nada... Te oigo, como siempre.

MADAME.—¿Te sorprendes?

CRISTINA.—No, no... Yano es posible. Desde hace dieciocho años estoy acostumbrada a que cada tres meses me sorprendas con una nueva genialidad. ¡Figúrate!

MADAME.—(*Ríe*) ¡Pobre Cristina! ¡Qué buena eres! ¿Qué aspecto tiene esa señora que espera?

CRISTINA.—Muy elegante. Se le puede cobrar caro...

MADAME.—Estás en todo... Que pase. ¿Hay algo más para hoy?

CRISTINA.—Otra.

MADAME.—¿Quién es?

CRISTINA.—No lo sé. Una que está empeñada en suicidarse. Telefoneó hace un rato y vendrá enseguida.

MADAME.—Muy bien...

(Cristina suspira melancólicamente y sale. Una pausa. En el fondo aparece Adela. Es una mujer distinguida y recatada. Un vago mohín de tristeza que, como es frecuente en mujeres muy femeninas, se transforma en graciosa altanería. Rica elegancia, pero su lujo es de buen gusto)

ADELA.—*(Muy tímida)* ¿Madame Fleriot?

MADAME.—¿Quiere usted pasar?

ADELA.—Gracias. Buenas tardes, madame... *(Se sienta junto a Paulina en la mesa camilla)* Estoy un poco nerviosa. Discúlpeme.

MADAME.—¿Cómo se llama usted?

ADELA.—Adela.

MADAME.—Un bonito nombre... ¿Soltera o casada?

ADELA.—Casada.

MADAME.—Se le nota. Es usted muy ingenua...

ADELA.—¡Oh!

MADAME.—Si fuera soltera tendría más desenvoltura... *(Se levanta y se acerca a ella con solicitud)* Vamos, Adela. Hable usted. La escucho.

ADELA.—Verá usted, madame... Una amiga mía, a la que usted ha salvado de una situación muy comprometida, me recomendó que viniese a su casa. Pero, créame, madame, casi estoy arrepentida. Es muy difícil hacer confidencias... Yo no tengo costumbre...

MADAME.—Es natural. *(Sonriendo)*.

ADELA.—¿Por qué?

MADAME.—Porque no es usted feliz... A las mujeres solo cuando somos muy dichosas nos gusta hacer confidencias. Para muchísimas mujeres la felicidad significa lo mismo que el automóvil: un lujo que no tienen las demás... *(Adela rompe en un silencioso sollozo)* ¡Señora! ¿Qué le ocurre?

ADELA.—Madame... ¡Soy muy desgraciada! Necesito que usted me ayude. ¡No puedo más! ¡No puedo más!!

MADAME.—*(Sonriendo)* No sea usted niña. Su caso no será tan grave. Vamos... Dígame. ¿Es que la engaña su marido?

ADELA.—¡No!

MADAME.—Entonces, tranquilícese. (*Con naturalidad*) Si le engaña usted a él, la cosa tiene menos importancia.

ADELA.—No, no... ¡Qué locura! Yo soy una mujer honrada...

MADAME.—La felicito. Pero, entonces, amiga mía, ¿qué sucede en su matrimonio?

ADELA.—(*Después de una pausa levísima, abandonándose con infinita melancolía*) ¡Nada!

MADAME.—¿Eh?

ADELA.—¡Nada!

MADAME.—(*Un silencio*) ¡Ah! Eso es gravísimo...

ADELA.—(*Dolorosamente*) Sí, madame, peor que la muerte. Pero es muy difícil comprenderlo. ¿Sabe usted lo que significa que entre un hombre y una mujer que se han querido llegue un día, una hora, en que no tengan nada que decirse uno a otro?

MADAME.—(*Cerca de ella, con la voz llena de nostalgia*) Sí; lo sé... Sé cómo son esas largas veladas sin salir juntos de noche, porque ya no es divertido, sentados al lado de la chimenea, cada uno con su libro en las manos. Un libro que nunca se termina de leer, siempre abierto por la misma página. Sé que nada hay tan tremendo como el silencio de un hombre, mientras él fuma un cigarrillo, y otro y otro... y su imaginación vuela lejos, muy lejos.

ADELA.—¡Sí! Así es, así es...

MADAME.—Yo sé lo que es todo eso, Adela, para una mujer enamorada. Yo sé que entre un hombre y una mujer lo más espantoso que puede suceder es que no suceda nada...

ADELA.—(*Se refugia en Paulina llorando*) ¡Pero yo le quiero con toda mi alma!

MADAME.—(*Sonríe*) Lo suponía... (*Casi la tiene abrazada*) Vamos... Estoy segura de que volverá usted a ser feliz. Lo arreglaremos todo. El mes pasado tuve tres casos como este... (*Volviendo con suavidad a su tono voluble*) ¿Cuánto tiempo hace que se casaron ustedes?

ADELA.—Diez años.

MADAME.—Justo. Es el momento de la crisis... Debí figurármelo. De todas maneras su marido no se ha precipitado. Otros reaccionan a los cinco años. Y los más impacientes, a la vuelta del viaje de bodas... ¿Él tiene una amante?

ADELA.—No. Estoy segura.

MADAME.—¡Qué lástima! Nos convendría que tuviese un amante...

ADELA.—¡Madame!

MADAME.—Si tuviese una amante, las cosas se arreglarían solas... Los hombres, para escapar de la amante, no tienen más remedio que refugiarse en su esposa. La amante resulta siempre muchísimo más molesta y, claro, pierde siempre... Si su marido tuviera una amante se volvería a enamorar de usted.

ADELA.—Pero esta situación no durará mucho. Yo conozco bien a mi marido. ¡Le quiero tanto! Él, aun en contra de su voluntad, ha dejado de quererme. Y así cualquier mujer lo puede arrancar de mi lado. Ese es mi miedo. Esto es lo que temo que suceda cualquier día a cualquier hora... Él está soñando despierto: sueña lo maravilloso que para él sería enamorarse otra vez de otra mujer... Lo sé, lo sé. (*Un sollozo*) Y si llega ese momento... ¡Yo me muero, porque no puedo vivir sin él!

MADAME.—¡Oh, basta! Ni una lágrima más...

ADELA.—Es tan amargo todo esto. Me siento tan humillada.

MADAME.—¡Pobre Adela! Hace diez años olvidó usted la tarea más importante de su vida: en la boda no termina la conquista del marido; en la boda es cuando tiene que empezar... (*Decidida*) Ea, séquese usted esas lágrimas.

ADELA.—(*Esperanzada*) ¡Madame!

MADAME.—Venga usted aquí. Necesito saber muchas cosas. ¿Cómo es su marido? ¿Es rico? ¿Qué vida hacen ustedes? ¿Sale mucho de casa solo?

ADELA.—Verá usted, madame... Se lo contaré todo. (*Aparece Cristina en el fondo*).

CRISTINA.—Con permiso, madame.

MADAME.—¿Qué sucede, Cristina?

CRISTINA.—Ha llegado la señora que está decidida a suicidarse...

MADAME.—Que espere.

CRISTINA.—¡Imposible! Dice que si no la recibe madame al momento, se suicida aquí mismo...

MADAME.—¿Cómo?

ADELA.—¡¡Dios mío!!

CRISTINA.—Y trae un frasco con veneno...

ADELA.—(*Asustadísima*) ¡Ay!

CRISTINA.—A mí me parece muy capaz...

MADAME.—Perfectamente... Hazla entrar. (*Sale Cristina*).

ADELA.—Pero, madame, no puede usted dejarme así...

MADAME.—No... (*La conduce suavemente a una puerta*) Espere... Hemos de hablar mucho todavía. Pero tenga paciencia. Por lo visto hay una mujer más desgraciada que usted...

(Sale Adela. Enseguida entra Diana. Es una mujercita delicada, casi frágil. Muy femenina. Viste con gusto, pero muy sencilla. Se toca con un sombrero y lleva un maletín de mano. Hay una permanente sonrisa en sus labios. Madame la recibe con una mirada llena de curiosidad)

DIANA.—Buenas tardes...

MADAME.—Buenas tardes, señora. Entre. (*Sorprendida del aire ingenuo y sencillo de Diana*) Pero, ¿es usted la señora que está empeñada en suicidarse?

DIANA.—Sí, sí, madame. Yo soy.

MADAME.—Y... ¿de verdad está usted decidida a morir?

DIANA.—¡Claro! No tengo más remedio.

MADAME.—(*Asombrada*) Y lo dice usted así, tan tranquila.

DIANA.—¡Claro! (*Sonríe*) Como tengo aquí el frasquito...

MADAME.—¡Ah!

DIANA.—(*Sin dejar de sonreír*) Y me lo tomaré en seguida si usted no me saca de este apuro...

MADAME.—¡Señora!

DIANA.—Tiene gracia, ¿verdad?

MADAME.—Es graciosísimo... Ya lo creo. (*Diana sonríe tímidamente*) Acérquese... ¿Es usted casada?

DIANA.—(*Dócilmente*) Sí, señora, desde hace dos años.

MADAME.—Muy bien... Hasta ahora todo es muy normal.

DIANA.—Hasta ahora, sí, señora.

MADAME.—¿Y en qué consiste este drama que le obliga a suicidarse? ¿Su marido le engaña? (*Transición*). ¿O engaña usted a su marido?

DIANA.—(*Sencillamente*) Los dos.

MADAME.—¿Cómo?

DIANA.—Sí, señora.

MADAME.—¿Quiere usted decir que su marido y usted se engañan el uno al otro?

DIANA.—Sí, señora. Esto es.

MADAME.—¡Dios mío!

DIANA.—Se asombra usted, claro... Es que estas cosas no se ven todos los días. (*Suspira*) Seguramente me tendré que tomar el veneno.

MADAME.—¡¡Cállese usted!!

(Diana baja la cabeza. Se le estremecen tenuemente los hombros y algunas lágrimas le ruedan por la mejilla, sin que desaparezca del todo su sonrisa. Al fin, prorrumpe en un sollozo)

DIANA.—¡Madame!

MADAME.—(*Atrayéndola a sus brazos, arrepentida de su brusquedad*) Pero, ¡hija mía!... Si es usted una niña.

DIANA.—¡Sálveme usted! Necesito que me ayude... ¡Sálveme! ¡Se lo pido con toda mi alma! Le daré todo lo que pida. *(Con dulce angustia)* Pero ayúdeme... Yo no he tenido la culpa. Yo no, madame. Lo juro.

MADAME.—Calle... No llore.

DIANA.—He salido de mi casa dispuesta a no volver, si usted no me salva... Me mataré. No tengo otro remedio. *(Con angustia)* ¿Qué hago, madame? ¿Qué hago?

MADAME.—*(Pensativa)* Por lo pronto... déme usted ese veneno.

DIANA.—¡Madame!

MADAME.—¡Démelo!

(Diana, dócil, abre el bolsillo y le entrega su frasquito. Paulina lo coge y se lo guarda. Después toca un timbre. Diana la ve hacer, anhelante. Una pausa. Entra Cristina)

CRISTINA.—¿Ha llamado, madame?

MADAME.—Sí... Escucha, Cristina. Acompaña a esta señora a la habitación del gabinete. La señora pasará aquí la noche.

CRISTINA.—¿Cómo?

DIANA.—¡Madame!

MADAME.—¡Silencio! Usted no saldrá de aquí hasta que yo lo ordene... Vaya usted con Cristina; idescanse!

DIANA.—*(Arrojándose en sus brazos)* ¡Madame! ¿Podrá usted salvarme de todo esto?

MADAME.—Séquese esas lágrimas y confíe en mí... Vamos.

CRISTINA.—Por aquí, señora.

DIANA.—Gracias...

(Y dócilmente, con su maletín, hace mutis, seguida de Cristina. Una pausa. Paulina, cuando se queda sola, se sienta junto a la mesa camilla y reflexiona ensimismada. Enseguida, por el fondo, corriendo y sofocada de rubor, entra Guillermina. Cuando Paulina la ve llegar, se pone en pie, llena de gozo)

GUILLERMINA.—¡Chis! ¡Chis!

MADAME.—¡Guillermina!

GUILLERMINA.—¿Está usted sola, madame?

MADAME.—Sí... Pero ¿qué es esto? Has corrido, estás sofocada... ¡Criatura! ¿Qué te ha sucedido?

GUILLERMINA.—(*Contentísima*) Madame, tengo una aventura.

MADAME.—(*Inquieta*) ¿Tú? ¡Criatura! No puede ser.

GUILLERMINA.—Sí, sí... (*Corre al balcón del fondo, levanta un visillo, mira a la calle y vuelve junto a Paulina*) Ahí está.

MADAME.—¿Quién está ahí?

GUILLERMINA.—Madame, no he querido contárselo a usted delante de Isabel y Marcela; pero desde hace ocho días me sucede algo extraordinario... Hay un hombre que me sigue a todas partes.

MADAME.—¡Guillermína! Querida... Mucho cuidado. ¿Quién es ese hombre?

GUILLERMINA.—No lo sé... No me habla. No hace más que mirarme. Me mira y sonríe... (*Radiante*) Hoy me ha seguido, como todas las tardes, y está ahí abajo, en la acera de enfrente... (*Cogiéndola alegremente de la mano*) Venga usted; quiero que lo vea... (*Llegan al balcón. La muchacha entreabre la puerta vidriera y señala hacia la calle*) ¡Mírelo! Está parado en la puerta de la joyería... Es aquel de traje azul y la corbata gris... Es un hombre interesante. ¿No es cierto, Madame?

MADAME.—(*Mirando, preocupada, a la calle*) Sí. Es muy interesante...

(La muchacha mira a Madame, y de pronto, con un guiño de picardía, se desliza por entre las puertas vidrieras. A través de los visillos blancos, transparentes, se la ve apoyada de codos sobre la balaustrada del balcón... Paulina vuelve, pensativa, y se sienta, absorta, junto a la mesa camilla. Entra suavemente, casi de puntillas, Adela)

ADELA.—Un momento, madame...

MADAME.—Adela...

ADELA.—Hay algo que no comprendo... Es muy extraño. Mi marido está ahí, en la calle, frente a esta casa...

MADAME.—¿Qué dice usted?

ADELA.—Sí, sí... Lo he visto desde el otro balcón. Puede verlo usted misma. Lleva un traje azul y una corbata gris. Asómese, madame...

MADAME.—(*Vuelve la cabeza hacia el balcón, ve a la muchacha asomada y palidece*) No; no es necesario... Ya sé quién es su marido... (*Guillermína abandona el balcón y escapa por la puerta del fondo*).

ADELA.—¡Oh! ¿Qué le ocurre? ¿Se siente usted enferma?

MADAME.—No... Es el olor de estas flores... (*Transición*) ¡Adela!

ADELA.—¡Madame!

MADAME.—¡Ahora es más necesario que nunca que vuelva usted a conquistar a su marido!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. En escena, Paulina, Guillermina, Isabel, Marcela y dos o tres muchachas más, de la misma juvenil presencia que las primeras. Madame Fleriot está en pie, en el centro del escenario. Las muchachas, situadas en grupo hacia la izquierda, unas en pie y otras sentadas, escuchan atentamente. Madame habla con un gracioso tono doctoral.

MADAME.—Hijas mías... Platón y Lorenzo de Médicis coincidían en afirmar que el amor es un deseo de belleza... Pero la teoría es demasiado pagana y muy superficial. La belleza no es el mayor encanto del amor. Feas y bonitas, todas se pueden casar. Señoritas: la belleza da muchos disgustos...

MARCELA.—(Suspira cómicamente) ¡Ay, sí!

ISABEL.—¿Qué dices?

MARCELA.—(Como una vampiresa de cine) ¡Si lo sabré yo!

GUILLERMINA.—¡Chis!

MADAME.—El amor no es más que un problema de educación. Los hombres maleducados no saben hacer el amor. No hay nada más aburrido que un hombre maleducado... Solo resultan divertidos cuando se enfadan. (Ríe Marcela) ¿Por qué te ríes, Marcela?

MARCELA.—Es que me acuerdo de mi tío Cándido.

MADAME.—Yo estoy segura de que tu tío Cándido no es un hombre maleducado. Será un caballero a la antigua.

MARCELA.—Sí, madame. Pero ya sabe usted lo que se quiere decir cuando se dice de un hombre que es un caballero a la antigua... (Ríen las chicas) Son los más brutos (Risas).

MADAME.—Sigamos... En la historia del mundo, el amor progresa al mismo tiempo que la civilización. Hay tres cosas que han adelantado mucho: el confort, los viajes y el amor. En realidad, son las tres cosas que embellecen la vida... Y si de la diligencia al avión hay una gran diferencia, no es menor avance el nuestro que, de la mujer esclava de los primeros tiempos del mundo, hemos pasado a ser la esposa libre y alegre de nuestros días. Es una suerte para vosotras, hijas mías, vivir en la mitad del siglo xx, cuando el amor se entiende como un perpetuo homenaje a la mujer. En la Edad Media, el amor debió ser molestísimo...

MARCELA.—¡Ay, sí!

GUILLERMINA.—(*Romántica*) ¡A mí me gustan los trovadores!

MARCELA.—Muy cursis.

MADAME.—Cursilísimos, Guillermina... Conquistaban, a veces, a las mujeres porque en la Edad Media las mujeres se aburrían mucho. Y a una mujer aburrida la conquista cualquiera... Esto explica los grandes éxitos de los donjuanes. Don Juan solo enamora a las mujeres aburridas y poco inteligentes. Con las mujeres de talento, Don Juan fracasa. Don Juan es tonto.

MARCELA.—¿Tonto?

MADAME.—De remate, Marcela... Señoritas, cuidado con Don Juan. Lo peor no es que se burle; lo peor es que resulta muy pesado... (*Se detiene. Ahora está en medio del grupo que forman las muchachas. Las mira con alegría, acaricia a alguna y sonríe*) Un momento... Hasta ahora, en nuestras charlas siempre os he hablado de cómo debéis interpretar el amor, a juicio mío... Os he advertido de las tretas de tanto pobre hombre decidido a ser irresistible. Pero hoy debemos ir un poco más lejos... (*Sonríe*) Yo quisiera que esta tarde cada una de vosotras me descubriese un secreto. Lo más bello de cada mujer es su sueño de amor. Dios nos envía a la vida para amar... Para querer a un hombre, para adorar a unos hijos. Pero antes que el amor viene el sueño. (*Mirándolas con ternura*) Vosotras sois muy jóvenes todavía... No os ha llegado el momento del amor. Pero bien sé yo cuántos sueños hay en estas cabecitas... Quiero que ahora mismo cada una de vosotras nos cuente cómo entiende el amor ideal.

(*Las chicas se alborotan bulliciosas y ruborizadas*)

MARCELA.—¡Ay, madame!

ISABEL.—¡Oh!

GUILLERMINA.—No, no...

OTRA.—¡Ay, no! Eso no...

OTRA.—No, no... Yo, no...

(*Todas ríen y hablan al tiempo*)

OTRA.—¡Ay, qué apuro!

MADAME.—¡Silencio! Marcela...

MARCELA.—¡Madame!

MADAME.—Tú, la primera.

TODAS.—¡Sí, sí!

MARCELA.—Madame... (*Ruborizadísima*) Me da mucha vergüenza.

(*Ríen las otras*)

MADAME.—¡Silencio! Habla, Marcela... ¿Cómo entiendes tú el amor?

MARCELA.—¿Yo? Yo... bueno. Se van a reír de mí.

(*Risas*)

MADAME.—¡Chis!

MARCELA.—Yo... (*Va venciendo poco a poco su azoramiento. Las otras la oyen con el rostro risueño y los ojos muy abiertos por la curiosidad*) Je... Yo sería muy feliz si se enamorara de mí un hombre muy alto, con los hombros así, con el pelo un poco rizado, pero no mucho. Un muchacho fuerte, que estuviese siempre muy contento. A mí me gustaría llegarle al hombro; nada más que al hombro... Uno de estos hombres que siempre le dicen a una: «Vamos, pequeña». Y una contesta: «OK, chico». (*Ríen alborozadas las muchachas*) ¡Ay!

GUILLERMINA.—¡Bravo!

OTRA.—¡Estupendo!

MADAME.—(*Atrayendo hacia sí a Marcela*) ¡Marcela! Vas demasiado al cine. Pero eres una mujercita muy femenina y serás muy feliz, porque el hombre que tú sueñas es el que más abunda...

MARCELA.—¡Ay, no, madame! Eso sí que no.

MADAME.—Veamos... Otra. (*Expectación. Madame sonrío*) Tú... Isabel.

ISABEL.—(*Rápidamente*) No.

MADAME.—¿Cómo?

ISABEL.—(*Negando incluso con la cabeza*) No, no, madame. Por favor... Se lo ruego.

MADAME.—(*Sorprendida*) ¡Isabel!

ISABEL.—No puedo... No quiero... ¡Yo no creo en el amor!

MADAME.—¡Isabel! ¿Qué locuras dices?

ISABEL.—Es la verdad, madame... (*Con infinita amargura*) El amor es mentira, mentira... Lo sé desde que era una niña.

MADAME.—¿Tú?

ISABEL.—Sí... Mis padres no se han querido nunca. (*Va bajando la voz de un modo insensible*) No sé por qué se casaron... Y cuando yo quiero pensar en un amor bonito, como Marcela y como las demás, la imaginación se me llena con el recuerdo de mis padres, con su desgracia, y creo que el amor es solo eso: riñas y lágrimas... (*Esconde la cabeza entre las manos. Un silencio*).

MARCELA.—¡Niña!

GUILLERMINA.—¡Isabelina!

OTRA.—¡Qué boba eres!

MADAME.—(*La acoge y la acaricia el pelo*) ¡Pobre criatura! ¡Qué han hecho contigo!

ISABEL.—¡Madame!

MADAME.—¿No has soñado nunca, Isabel?

ISABEL.—¿Soñar? (*Amargamente*) ¿Para qué? La verdad es lo otro: lo que yo he visto.

MADAME.—(*Dulcemente*) ¡Calla! La verdadera vida de una mujer no está en lo que ve, sino en lo que siente... ¿Oyes?

ISABEL.—Sí. Sí, madame.

MADAME.—(*Transición*) Bueno... ¡Otra!

UNA MUCHACHA.—¿Yo?

OTRA.—¿Yo?

MADAME.—No... Ahora tú, Guillermina.

GUILLERMINA.—¡Ay, madame!

MADAME.—¿Cómo entiendes tú el amor?

GUILLERMINA.—(*Ríe con rubor*) No sé si sabré decirlo... Para mí el amor es lo contrario que para Isabel... Mamá murió siendo yo una niña. Y desde entonces mi padre no ha querido a ninguna otra mujer.

MADAME.—¿Estás segura, Guillermina?

GUILLERMINA.—Sí, estoy segura... ¿No es maravilloso, madame, que la quieran a una así?

MADAME.—Sí, es maravilloso...

GUILLERMINA.—Pues eso es el amor: el amor de mi padre. Todavía, después de tantos años, muchas noches papá me pide que toque al piano una canción inglesa muy antigua y muy dulce que era la canción favorita de mamá. Cuando mi padre la oye se le llenan los ojos de lágrimas. Es una canción un poco triste que cantan en Inglaterra para las despedidas...

MADAME.—¡El «Vals de las velas»!⁷ ¡La canción de Nochevieja!

GUILLERMINA.—Sí, madame. Pero, ¿cómo lo sabe?

MADAME.—Tiene un letra que habla del pasado y del perdón... Es muy hermosa.

7 *Vals de las velas*: canción tradicional que se puede encontrar en cualquier recopilación de música navideña. Manuel Vázquez Montalbán da cuenta de su popularidad en la época e incluye el arreglo de Manuel Salina en su *Cancionero general del franquismo, 1939-1975*: «Igual que en viejos tiempos / con solemne ritual / se apaga de una a una / de las velas el brillar. / Igual que en viejos tiempos / prometemos recordar / las horas de felicidad / que acabamos de pasar. / No importa si un destino cruel / nos ha de separar. / Por siempre nos querremos fiel / de estas horas recordar» (Barcelona: Crítica, 2000. 104).

(Se acerca muy despacio al piano, levanta la tapa e inicia una melodía suave. Es el «Vals de las velas». Las chicas se acercan risueñas y rodean a Paulina)

GUILLERMINA.—*(Con alegría)* ¡La sabe! ¿Oís?

MARCELA.—¡Lo sabe todo!

ISABEL.—Calla... Es muy bonita...

OTRA.—¡Chis!

(Paulina sigue tocando. Las muchachas, al cabo, seducidas por la cadencia de la balada tararean todas en voz baja la melodía. Así, una pausa larga. Y entra Cristina)

CRISTINA.—Madame, señoritas... ¡La hora!

(Cruza la escena y sale)

LAS MUCHACHAS.—*(Desencantadas)* ¡¡Oh!!

MADAME.—*(Sonríe y cierra el piano)* Hijas mías, ha terminado la clase de hoy...

GUILLERMINA.—¡No! ¡Todavía no!

MARCELA.—¡No, madame!

ISABEL.—¡Qué lástima!

OTRA.—¡En lo mejor!

MADAME.—¡Silencio! *(Ríe)* Buenas tardes, señoritas. Es la hora. ¡Hasta mañana!

MARCELA.—Buenas tardes, madame.

MADAME.—¡Adiós!

OTRA.—Hasta mañana...

OTRA.—Buenas tardes...

MADAME.—Adiós...

(Las muchachas se dirigen con vivacidad al fondo rodeando a Madame, que las despide. Besa a alguna de ellas. Hablan todas a la vez. Isabel queda la última. Guillermina ha corrido al balcón, levanta un visillo y curiosear la calle. Cuando Isabel va a salir, Madame la detiene)

MADAME.—¡Isabel!

ISABEL.—*(Se detiene en la puerta)* ¡Madame!

MADAME.—Ven aquí... Dame un beso. *(La besa)* Buenas tardes, Isabel...

ISABEL.—Buenas tardes, madame...

(La muchacha sale corriendo. Madame la ve alejarse, conmovida. Vuelve los ojos y ve a Guillermina pegada al balcón)

MADAME.—¡Guillermina!

GUILLERMINA.—*(Sorprendida y ruborizada)* ¡Madame!

MADAME.—*(En voz baja)* ¿Está ahí?

GUILLERMINA.—Sí, madame. Ahí está. Como todas las tardes.

MADAME.—¿Te habló ayer?

GUILLERMINA.—No... Salí de aquí y él me siguió. Fui hasta el Retiro porque la tarde era muy bonita. Anduve por la Rosaleda... *(Triste)* Luego me fui a casa.

MADAME.—¿Y él?

GUILLERMINA.—Nada... Siempre detrás de mí. Cuando yo volvía la cabeza y le sorprendía se ponía colorado...

MADAME.—*(Transición)* Guillermina, mírame.

GUILLERMINA.—¡Madame!

MADAME.—¡Mírame! Ayer no fuiste a la Rosaleda porque hacía una buena tarde, sino porque la Rosaleda te pareció un sitio romántico y solitario muy a propósito para que ese desconocido se dirigiera a ti... ¿No es así?

GUILLERMINA.—*(Sofocada)* Por Dios, madame...

MADAME.—¡A mí no puedes engañarme, Guillermina!

GUILLERMINA.—¡Madame! Verá usted...

MADAME.—¡Dime! ¿Es que estás enamorada de ese hombre?

GUILLERMINA.—*(Sin mirarla)* No sé... Es la primera vez que me pasa una cosa así. Pero me gusta que pase. A otras muchachas de mi edad ya les ha ocurrido otras veces. A mí, no. Esta es la primera. ¿Comprende usted, madame?

MADAME.—Creo que sí...

GUILLERMINA.—*(Se lanza con mimo y gozo sobre Madame y la besa)* Entonces, no me riña usted, madame... ¡No me riña! ¡Me parece que soy muy feliz!

(Y escapa corriendo hacia la salida)

MADAME.—*(Con un temblor en la voz)* ¡Guillermina!

(Guillermina se detiene en la puerta, y sin moverse, se vuelve hacia Madame)

GUILLERMINA.—¡Ah!, madame, gracias por haber tocado la canción de mi madre.
Lo hizo usted muy bien. Mamá no lo hubiera hecho mejor...

MADAME.—¡Oh!

GUILLERMINA.—¡Muchas gracias!

MADAME.—Espera... ¿Cómo era tu madre, Guillermina?

GUILLERMINA.—(*Sonríe*) No lo sé... Cuando ella murió mi padre rompió todos sus retratos. Solo quiso conservar de ella el recuerdo que él tenía en la imaginación. Creo que la ve siempre vestida de novia. Yo no he sabido nunca cómo era; pero estoy segura de que fue una mujer extraordinaria... ¡Buenas tardes, madame!

(Y sale. Cuando Madame se queda sola se lanza sobre el teléfono, marca un número y habla acongojada)

MADAME.—Óigame... Llame a la señora. ¡Pronto! Es urgente... Sí... Gracias. (*Una pausa*) ¿Es usted, Adela? Venga usted a mi casa. Necesito hablar con usted inmediatamente... Sí... Enseguida... Gracias.

(Y cuelga. Se dirige aprisa al balcón, lo entreabre y se adelanta a la balaustrada. Mientras Paulina está fuera, por la puerta del fondo entra, orondo y feliz, Luciano. Trae un magnífico ramo de flores en las manos y su rostro rebosante de felicidad. Ve a Madame en el balcón. Sonríe y espera. Ella entra, cierra las vidrieras del balcón y, al volverse, sorprende indignadísima a Luciano)

LUCIANO.—¡Buenas tardes!

MADAME.—¡Usted! ¡Usted aquí!

LUCIANO.—El mismo. ¿No le dije que volvería? Señora: tengo mucho gusto en ofrecerle mi primer ramo de flores.

MADAME.—¿El primero?

LUCIANO.—Sí, señora. He preferido empezar por los claveles. Es lo clásico.

MADAME.—Quiere usted decir que piensa volver otro día...

LUCIANO.—Y otro... Sí, señora. Muchos días. Ya sabe usted que por las tardes no hago nada.

MADAME.—(*Irónica*) Pero, ¿no cree usted que le convendría una colocación?

LUCIANO.—(*Horrorizado*) ¡Quia; no señora! Trabajar todo el día como cualquier tonto de esos que se hacen millonarios... ¡De ninguna manera! Perdería personalidad. Y además, créame usted, señora, el dinero es mucho más

inútil de lo que parece. Yo en esto tengo mis ideas propias... Por dinero se adquieren muy pocas cosas interesantes. Por amor, algunas. Pero por una frase amable se compra la Humanidad... Un millonario puede ser puesto en ridículo; pero el que posee una fortuna de frases amables es invencible. Mire usted: yo tengo una fabulosa cuenta corriente de piropos... ¿Quiere usted que le haga un cheque?⁸

MADAME.—¡¡No!! (*Seramente*) ¿Piensa usted dedicarme muchas de sus tardes libres?

LUCIANO.—(*Sonriente*) Muchísimas.

MADAME.—¡Oh! Amigo mío: todo esto es un juego peligroso, divertido y amable. Muy propio de un hombre desocupado. Pero yo tengo mucho que hacer. ¿Me permite usted? Hemos terminado. Buenas tardes.

LUCIANO.—(*Ríe contentísimo*) Es curioso.

MADAME.—¿Qué es lo que resulta curioso?

LUCIANO.—Lo que a mí me sucede en esta casa. Siempre que vengo me echan. Ayer la secretaria; hoy usted...

MADAME.—¡Naturalmente! Eso sucede en todas las casas donde no está uno invitado.

LUCIANO.—Madame... Estoy seguro de que en París era usted más hospitalaria.

MADAME.—(*Sorprendida*) ¿En París? ¿Qué quiere usted decir?

LUCIANO.—(*Imperturbable*) En París era usted todo lo contrario. Tenía usted una casa muy bonita junto al barrio de la Estrella;⁹ los jueves por la noche daba usted unas reuniones muy animadas. Los invitados eran siempre los mismos: poetas, pintores, artistas... Gente alegre e ingeniosa. Usted era muy popular entre ellos por su afición a las camelias, como Margarita Gautier...¹⁰ «La bonne Marguerite». ¿No es cierto, madame Fleriot?

MADAME.—(*Mirándole fijamente. Descompuesta*) ¿Quién es usted?

LUCIANO.—Luciano Vargas, agente de seguros... Nadie. (*Con una sombra de vaguedad en la voz*) Ya, nadie. Si hace diez años, cuando yo vivía en París, con mi sueño de ser un artista, alguien me hubiera llevado a casa de la «bonne Marguerite», usted me hubiera recomendado a los mejores críticos. A los pintores más famosos... Y hasta es posible que hubiera usted hecho de

8 Carlos Arniches (1866-1943) fue un autor admirado por Ruiz Iriarte y en réplicas como la de Luciano se percibe su influencia humorística.

9 Céntrica y lujosa zona situada alrededor de la «Place de l'Etoile» con su Arco del Triunfo.

10 *Margarita Gautier* (1936), de George Cukor, fue una popular película protagonizada por Greta Garbo, que encarnaba el papel de una de las cortesanas más deseadas de París, ciudad tópicamente asociada entonces con la disipación, el vicio y la elegancia femenina.

mí un verdadero artista... La influencia de Paulina en aquella sociedad era tremenda.

MADAME.—Pero cómo sabe usted...

LUCIANO.—¡Oh! Soy muy curioso. Creo que a todos los hombres inteligentes nos sucede lo mismo. Conozco al portero de esta casa por mis relaciones con la compañía de seguros. Le hice unas preguntas... El hombre es discretísimo. Pero sus pocas palabras fueron suficientes para enterarme de que madame Fleriot había llegado a Madrid, procedente de París, en el avión de Lisboa del 15 de diciembre... Hace seis meses. Su amiga Cristina la esperaba desde noviembre. En la oficina del avión tengo buenos amigos. Lo demás era fácil... Solo tres mujeres llegaron en el avión del 15 de diciembre. Dos acompañadas. Una sola...¹¹ Pero el pasaje de esta mujer solitaria no estaba a nombre de madame Fleriot: la viajera era Paulina Rosas.

MADAME.—¡¡Cállese!!

LUCIANO.—¡Paulina Rosas! Bello nombre para una mujer de aventura... Tan seductora como el madame Fleriot de una profesora de amor.

MADAME.—¡Oh!

LUCIANO.—Lo demás ha sido más fácil. Anoche, una conferencia a París. Me ha costado carísima. Todavía conservo algunos amigos de aquellos días de juventud. Paulina Rosas, madame Fleriot y «la bonne Marguerite» son una misma mujer... Usted...

MADAME.—Entonces... ¿Lo sabe usted todo?

LUCIANO.—De una mujer nunca se sabe todo. Pero conozco su vida en París durante dieciocho años. Ya le he dicho que la conferencia me ha costado carísima.

MADAME.—(*Con un frío espanto en los ojos*) ¿Quiere usted decir que estoy en sus manos?

LUCIANO.—¿Qué?

MADAME.—Siga... Continúe con su plan hasta el fin. Si en Madrid supieran mi verdadero nombre y mi vida en París durante estos dieciocho años, ni una sola mujer se acercaría a esta casa. Usted lo sabe. Las que ahora llaman a mi puerta se horrorizarían de recibir un consejo de amor de una mujer como yo. Todo habría fracasado... esta aventura, esta nueva vida. Hable usted. ¿Qué pretende? ¿Qué quiere usted de mí? Pida usted. Ya le he dicho que estoy en sus manos.

¹¹ En aquella época, las señoras salían solas de día, aunque no de noche. Pero, desde luego, estaba mal visto que viajaran solas; era cosa de aventureras.

(Una larga pausa. Luciano la mira intensamente. Al fin sonríe con una inefable melancolía, se dirige a la mesa camilla, toma el ramo de claveles y va hacia la salida)

LUCIANO.—Buenas tardes, señora...

MADAME.— Qu  hace usted?

LUCIANO.—Me he equivocado. Nos hemos equivocado los dos. *(Acaricia suavemente los claveles)* Y me voy.

MADAME.— Ad nde?

LUCIANO.— Al hogar de los solitarios! A la calle. Buenas tardes, madame Fleriot. Le regalará estos claveles a la muchacha que vende cigarrillos en el restaurante... Y usted no tema, madame. No me volver  usted a ver más. *(Sonríe)* Buenas tardes.

MADAME.—*(Se coloca en la puerta del fondo intercept ndole el paso)*  Espere!

LUCIANO.— Se ora!

MADAME.—Si esto no es un chantaje...  Qu  significa su actitud?  Por qué se introduce usted en mi vida?

LUCIANO.— Se ora! *(Contempla sus claveles y sonríe)* Madame Fleriot es una mujer que conoce mucho a los hombres. En París, a lo largo de dieciocho años, madame ha conocido y amado a los triunfadores, a los ambiciosos. Pero, sin embargo, hay otra clase de hombres que no han llegado a usted nunca: son los hombres como yo. Hombres sin ambición, sostenidos nada más que por la alegría de ver la vida, felices en medio de esta melancolía de la soledad.  Sabe usted lo que es la vida de un hombre solo, Paulina? Un hombre solo, esto que jovialmente se llama un hombre libre y soltero, es un ser condenado a amar frenéticamente todo lo que le rodea: lo mismo da un pájaro que una flor o una mujer... Lo peor es cuando nos da por amar la felicidad ajena y terminamos enamor ndonos en secreto de las mujeres de los amigos... Se pasa muy mal. Además, a los amigos les molesta mucho... Un solitario es ese invitado que abandona el último las reuniones porque tiene miedo a la noche larga en una alcoba triste. Un solitario es un hombre que acaba olvidándose de sí mismo y solo tiene los ojos abiertos para contemplar la aventura ajena. Somos como los niños: dichosos con la felicidad de los h eros... Usted ayer fue mi heroína, señora. Por eso me ha fascinado usted; por eso le he comprado estos claveles y llamó a París; por eso he pasado toda una noche soñando con esta mujer misteriosa que vende recetas de amor en un piso de la Gran Vía... *(Transición. Sonríe)* Pero no era un chantaje, señora.  Se lo juro!

MADAME.—*(Con emoción)*  Luciano!  Qu  clase de hombre es usted?

LUCIANO.—(*Da un paso*) Buenas tardes, señora.

MADAME.—¡No! (*Él se detiene*) Devuélvame usted esos claveles... Son míos.

LUCIANO.—¡Señora!

(Paulina marcha con el ramo hasta el piano. Allí, en silencio, ordena las flores en el florero. Una pausa. Habla sin volverse)

MADAME.—Perdóneme... ¿Quiere usted que luego, al anochecer, tomemos juntos una taza de té?

LUCIANO.—¡Señora!

(Va hacia ella alegre y conmovido. Ella le tiende la mano, que él besa)

MADAME.—Le espero...

LUCIANO.—¡Gracias! No faltaré.

(Y sale deprisa por el fondo. Cuando Paulina se queda sola, se deja caer en un sillón y se tapa la cara con las manos. Una pausa y entra Cristina)

CRISTINA.—¡Paulina! ¿Estás llorando?

MADAME.—(*Con la voz un poco velada*) Sí.

CRISTINA.—¡Oh! ¿Por qué?

MADAME.—Por muchas cosas, mi pobre Cristina: porque hay un hombre que de un amor que dura tanto como su vida solo quiere recordar a la amada vestida con el traje de novia; porque hace unos momentos ahí, en ese piano, una canción muy antigua y muy triste se me ha metido en el alma. Y porque yo, que siempre he conseguido lo que me he propuesto...

CRISTINA.—¡Digo! Eso sí.

MADAME.—... Solo una cosa no me dejan conseguir. ¡Olvidar!

CRISTINA.—¡Vaya! (*Suspira*) Me harás llorar a mí también. A menudo pienso que no debimos volver de París. Esto es muy atrevido.

MADAME.—¡París! No, Cristina. Ya no podría alejarme de todo lo que me rodea. ¿Lo comprendes? Puedo ver a mi hija todos los días... Me necesitan estas mujeres que acuden a mí, esas chiquillas llenas de ilusión y de vida. ¿No es maravilloso que la experiencia amarga de una aventurera sirva ahora para enseñar a las demás mujeres cómo se gana el verdadero amor? ¡Ese amor que una esposa tiene que disputarle a una amante, ese amor que una

muchacha pura y alegre tiene que defender de cualquier canalla que pasa por la calle! No, Cristina. ¡A París no volveremos nunca! ¡Madame Fleriot aquí para siempre, en su academia de amor! (*Una sonriente transición*) Ea; se acabaron las lágrimas de Paulina Rosas... (*En su tono voluble*) Por cierto ¿cuántos casos tenemos para hoy?

CRISTINA.—Uno... Estamos a primeros de mes. Ya sabes; las mujeres, cuando tienen dinero y van de compras no se acuerdan de que son desgraciadas... Luego, a las ocho, vendrá una viuda desconsolada... Me parece que está un poco neurasténica. Dice que todos los días se le aparece su marido...

MADAME.—Que se vuelva a casar.

CRISTINA.—¿No te digo que no puede olvidar a su marido?

MADAME.—No importa. Si se casa con otro, yo estoy segura de que el muerto no cometerá la incorrección de aparecer a diario...¹² ¿Algo más?

CRISTINA.—Nada. Es decir, nuestra huésped, la que llegó ayer dispuesta a suicidarse...

MADAME.—¿Has hablado con ella?

CRISTINA.—¡Imposible! Desde anoche está encerrada en el gabinete. Está leyendo *Vinieron las lluvias*.¹³

MADAME.—¿Es posible?

CRISTINA.—Tú verás... A medianoche me llamó y me dijo que le diera algo para leer. Y le di *Vinieron las lluvias*. Son las seis de la tarde y todavía no ha salido del gabinete. Creo que va por el capítulo de la inundación... No te digo más.

MADAME.—¡Oh!

CRISTINA.—Mira; aquí está... Por lo visto ya se ha enterado de los que se salvan...

(*Aparece Diana. Entra tímidamente y muy pálida. Trae un libro debajo del brazo*)

DIANA.—Madame... ¿No estorbo? ¿Puedo entrar?

12 Lo contrario sucedía en *Un marido de ida y vuelta* (1939), de Enrique Jardiel Poncela, otro de los comediógrafos que influyeron en el sentido del humor de Ruiz Iriarte. Tal vez pensara en esta obra cuando escribió la réplica de su protagonista.

13 *The rains came* (1937): popular y extensísima novela del norteamericano Louis Bromfield (1896-1956); se hizo película en 1939. Trata de un romántico triángulo amoroso en la India británica entre un médico indio, una mujer británica casada con un «Lord» y el antiguo novio de esta, un artista disoluto; hay inundaciones, terremotos, epidemias. Se tradujo como *Vinieron las lluvias: novela de la India moderna* (Barcelona: Ediciones del Zodiaco, dos ediciones en 1943). En 1945 editó un fox titulado *Vinieron las lluvias*, a cargo de Manuel Garcés.

MADAME.—¡Oh! (*Sonríe*). La esperaba. Tiene usted tanto que decirme...

(*Cristina sale por el fondo y al salir corre las cortinas*)

DIANA.—Madame, estoy muy agradecida a su hospitalidad. Si no hubiera sido por usted, yo ya no viviría...

MADAME.—¡Oh!

DIANA.—Estoy muy avergonzada. ¡Qué pensará usted de mí, de nosotros! ¡Un hombre y una mujer que se engañan mutuamente!

MADAME.—Pche... No crea. Estoy muy acostumbrada. Todos los días, a las ocho, me cuentan cosas de estas. Claro que su caso es un poco más complicado... Y usted es más bonita.

DIANA.—Gracias.

MADAME.—Es usted mi invitada desde ayer y todavía no sé cómo se llama...

DIANA.—Diana.

MADAME.—(*Le coge suavemente el libro que tiene en las manos*) Es muy aficionada a leer novelas, ¿verdad, Diana?

DIANA.—Sí, madame.

MADAME.—Y yo estoy segura de que por las noches tiene usted grandes insomnios, ¿no es cierto?

DIANA.—Sí, madame.

MADAME.—¿Y qué piensa usted cuando no puede dormir?

DIANA.—¡Oh! (*Sonríe*). Fantasías, locuras. Me invento yo cosas a mi gusto... ¿Cómo lo sabe usted, madame?

MADAME.—Soy yo la que pregunta, Diana... ¿Qué ha sucedido entre su marido y usted?

DIANA.—¡Oh! Las cosas han ocurrido como si no pasara nada. Yo amaba a mi marido con toda mi alma. Mi marido es un hombre muy interesante. Se lo aseguro. Yo no puedo querer a un hombre si no es muy interesante. Guillermo también lo es.

MADAME.—¿Quién es Guillermo?

DIANA.—(*Con naturalidad*) ¡Por Dios, madame! El otro.

MADAME.—¡Ah, ya! Me olvidaba de que había otro. Siga...

DIANA.—Verá usted... Hace dos meses averigüé que mi marido me engañaba. Bueno, realmente no fue una sorpresa. Me lo contó él mismo.

MADAME.—¡Qué extraño!

DIANA.—No, no. Es que mi marido tiene un defecto: sueña en voz alta.

MADAME.—Ya... Y usted, naturalmente, le despertó.

DIANA.—No... (*Sonríe*) No pude. No puedo precisar lo que pasó aquella noche. Yo oía que en sueños mi marido pronunciaba el nombre de otra mujer... Se llamaba Margarita... Y fue una cosa rara, madame... Yo sentí que mi marido era tan dichoso en su sueño, tan dichoso que no tuve valor para despertarlo. Pasé la noche sin dormir, imaginando cómo sería la felicidad de mi marido con aquella mujer. Le quería tanto que yo misma era un poco feliz aquella noche con la felicidad de mi marido... Lo horrible fue a la mañana siguiente, cuando él me dio el beso de todos los días... (*Con un infinito dolor en la voz*) Le descubrí su propio sueño. Fue horrible, madame... Se fue, me dejó sola y volvió a los pocos días. Me juró que había terminado con su amante y me pidió perdón. Pero yo no podía perdonarle.

MADAME.—¿Por qué, Diana? Estas cosas pasan en muchos matrimonios.

DIANA.—No, madame... No le podía perdonar. Habíamos sido tan dichosos... Solo le hubiera perdonado si hubiera sabido que con la otra era más feliz que conmigo. ¿Le parece a usted extraño?

MADAME.—Todo en usted es extraño, Diana.

DIANA.—Le pedí un poco de tiempo para pensarlo; unos días de soledad... Y me fui a Mallorca... ¿Usted ha estado en Mallorca?

MADAME.—No.

DIANA.—¡Qué raro! Todo el mundo ha estado en Mallorca... Allí fue. Una mañana, visitando las cuevas del Drach... ¡Oh, es maravilloso! De pronto apagan las luces y por el lago llega una barca iluminada, con cinco músicos que tocan un nocturno de Chopin...¹⁴ Es emocionante. Yo soy muy romántica y se me saltaron las lágrimas. A mi lado había un muchacho muy alto y muy simpático. Me cogió del brazo y me dijo: «Señorita, es usted muy sensible». Allí empezó todo; la culpa fue de Chopin.

MADAME.—¡Quia!, no lo crea usted... La culpa en estos casos es de la oficina de Turismo. Lo tiene todo muy bien organizado.

DIANA.—Cuando encendieron la luz de la cueva nos hicimos amigos... Comenzó a acompañarme. Por la noche paseábamos juntos por las afueras de Palma, por la orilla del mar. Eran unas noches de luna inolvidables... (*Sonríe*) Madame, la luna no la prepara la oficina de Turismo.

MADAME.—Pero la aprovecha, hija mía. Son tremendos.

DIANA.—Yo no tuve valor para confesarle que era casada. Y cuando le tuve enamorado se me ocurrió... un locura. (*Calla de pronto*).

¹⁴ Conviene recordar la vuelta de tuerca que Luis García Berlanga y Rafael Azcona dieron a esta tópica escena de enamorados en *El verdugo* (1963), donde quienes aparecen en barca son unos guardias civiles en busca del frustrado José Luis.

MADAME.—Diga...

DIANA.—Pensé que estaba en mis manos la ocasión de averiguar cómo era la sensación de engañar... Podría comprender así a mi marido, saber si el pecado de engañar daba tanta felicidad a quien engaña que merecía la pena perdonarle... Y me enamoré un poco de Guillermo.

MADAME.—¡Diana!

DIANA.—Lo demás ya puede usted figurárselo. Volví de Mallorca. Guillermo se quedó en Barcelona. Mi marido me aguardaba más enamorado de mí que nunca...

MADAME.—*(Con curiosidad)* ¿Le perdonó usted?

DIANA.—No... *(Con la cabeza más que con la voz)* No pude. No merece la pena engañar. Es muy amargo y muy triste. *(Solloza)* ¡¡Es horrible!!

MADAME.—¡Diana!

DIANA.—Pero, qué pensaré de mí, madame... ¡Dios mío, qué vergüenza! No puedo más.

(Y, toda sofocada, roja, escapa corriendo como una niña por donde entró. Aparece Cristina en el fondo, entre las cortinas)

MADAME.—¿Has oído?

CRISTINA.—Sí. ¡Qué mujer más extraña!

MADAME.—Es un ángel... Nunca sabrá ese hombre cuánto tesoro de amor hay en esa criatura.

CRISTINA.—¿Qué hombre? ¿Cuál de los dos?

MADAME.—Ve... Acompáñala. No la dejes sola.

CRISTINA.—Descuida... Le daré *Lo que el viento se llevó*.¹⁵ Y tan contenta.

(Sale tras de Diana. Paulina está sola. Anochece suavemente. Madame enciende una pantalla sobre el piano. En el fondo, entre las cortinas, surge silenciosamente Adela)

ADELA.—*(Suave)* Madame...

MADAME.—¡Usted, al fin! Creí que no llegaba... Vamos, dígame pronto. ¿Qué sucedió anoche?

ADELA.—Nada... Una noche como todas... Mi marido llegó a casa al anoecer. Durante la cena me preguntó, por cortesía, naturalmente, ¡como es tan

¹⁵ *Gone with the Wind* (1937): novela de Margaret Mitchell (1900-1949), adaptada en la célebre película dirigida dos años después por Víctor Fleming.

correcto!, que dónde había pasado la tarde. Yo le dije lo que se dice siempre: de compras. Y le hizo gracia...

MADAME.—¡Qué poco vulgar es su marido!

ADELA.—Luego me dijo... Eso sí fue algo extraño.

MADAME.—(*Interesada*) Hable... ¿Qué fue?

ADELA.—Se me quedó mirando y me dijo: «Adela, si tú hubieras sentido alguna tarde la necesidad espiritual de pasear por la Rosaleda...»

MADAME.—¡Oh!

ADELA.—Yo le pregunté que por qué precisamente por la Rosaleda. Y me contestó furioso que por la Rosaleda, por el Parque del Oeste o por la Ciudad Universitaria, que era igual. Pero que era preferible la Rosaleda... Yo no supe qué contestarle. Esta mañana salí temprano y fui a la Rosaleda. Pero, la verdad, madame, yo no le he encontrado nada de particular... ¿Qué significa esto, madame? ¿Lo adivina usted?

MADAME.—Adela, mi pobre Adela... Esto significa que estamos llegando al día más difícil de su matrimonio...

ADELA.—Madame, ino me asuste! ¿Mi marido tiene una amante?

MADAME.—No... Es muchísimo peor.

DIANA.—¿Es que está enamorado de otra mujer?

MADAME.—Eso es posible, Adela...

ADELA.—(*Se tapa la cara con las manos*) ¡Dios mío! ¡Pobre de mí!

MADAME.—¡Adela!

ADELA.—¡Qué horror! ¿Cómo lo ha sabido usted, madame?

MADAME.—Es mi secreto.

ADELA.—¿La conoce usted?

MADAME.—Sí.

ADELA.—¡Oh! ¿Es... bonita?

MADAME.—Es un sueño.

ADELA.—¿No puede usted decirle la verdad?

MADAME.—¿Qué verdad? ¿Que su marido no es un hombre libre? ¡Jamás! No quiero que ella comience su vida con una amargura, no quiero que su primera ilusión sea un desengaño que la haga aborrecer el amor, los hombres y la vida. ¡No quiero hacerla desgraciada! Eso, no. Es preciso obrar de otra manera. (*De pronto, pensativa*). Esta noche, si...

ADELA.—¿Esta noche?

MADAME.—Sí, Adela, necesito que esta noche sea usted un poco actriz.

ADELA.—¡Pobre de mí!

MADAME.—Por favor: no diga usted siempre «pobre de mí»... No le va. Esa frase no la usan más que las mujeres que consiguen siempre lo que quieren. Y usted no es de esas...

ADELA.—(*Triste*) No, claro que no...

MADAME.—Esta noche, durante la cena, es preciso que se comporte usted como si estuviera muy preocupada...

ADELA.—Lo estoy. Saldrá bien...

MADAME.—Mejor... Al terminar le dice usted a su marido estas palabras: «Oye, no tengo más remedio que salir...»

ADELA.—(*Alarmadísima*) ¡Pero, madame...! ¡Yo, sola! ¡Y de noche! No lo permitiré.

MADAME.—¡Ojalá! Pero me temo que sí.

ADELA.—Sí, es posible. Tiene tanta confianza en mí...

MADAME.—Demasiada confianza... Me lo figuro. Los hombres son tan egoístas, que cuando se les acaba el amor por una mujer inventan lo de la confianza y se sienten más cómodos... Pero esta noche hay que destruir esa confianza. Aunque él se oponga, es necesario que usted salga sola...

ADELA.—¡Madame!

MADAME.—Invente usted un pretexto, pero naturalmente que se vea que es un pretexto... Una partida de «póker» con señoras solas. ¿Usted sabe mentir?

ADELA.—Nada...

MADAME.—Amiga mía, carece usted de toda preparación para la felicidad... De todas formas, esta noche conviene que se ponga usted un poco colorada para decir lo del «póker»...

ADELA.—¡Me pondré! Estoy segura.

MADAME.—Luego se viste usted con el traje de noche más atrevido que tenga... Eso es. Y cuidado con el maquillaje. No se ponga usted demasiado guapa; que no parezca que va usted a una reunión de señoras: ya sabe usted que a las mujeres donde más nos gusta lucirnos es precisamente entre las mujeres... Arréglese usted discretamente, como para una cita íntima... Un poco de «rouge», nada más. Déle usted un beso y márchese...

ADELA.—(*Apuradísima*) Pero, madame, ¿qué quiere usted que haga yo a las once de la noche, en la calle, y vestida con un traje largo?

MADAME.—Tome un taxi y venga usted aquí. Pasaremos la velada juntas, las dos solas.

ADELA.—¡Ah!

MADAME.—¿Comprende usted ahora? (*Cariñosa*) Si su marido reacciona, es que la quiere, y volverá usted a ser dichosa. Si no, le ha perdido usted para siempre...

ADELA.—(*Emocionadísima*) Sí, madame... Haré lo que usted me ha dicho. Sí, sí...
Voy a prepararlo todo. Muchas gracias, madame.

MADAME.—Vaya usted... La espero.

ADELA.—Sí, sí. Procuraré no ponerme muy nerviosa... ¡Dios mío! Si pudiera ser...

(Y sale. Madame, sola junto al piano, la ve marchar con una sonrisa)

MADAME.—¡Pobres mujeres!

(Luego, maquinalmente, sus manos sobre el teclado preludian la suave melodía del «Vals de las velas». Al cabo, entra Luciano. Llega hasta ella silenciosamente. Una pausa)

LUCIANO.—¿Qué música es esta, madame? Es bonita...

MADAME.—Viejos recuerdos... En esta música está la otra vida de Paulina, que usted todavía no conoce...

LUCIANO.—Siga usted tocando, por favor... (*Madame sigue tocando mientras él habla*) Me gusta. Yo soy muy sentimental... Sobre todo esta tarde me siento terriblemente sentimental. Esto me ha pasado dos o tres veces en mi vida. Siempre que he empezado a enamorarme... Madame, me parece que me estoy enamorando... Madame, creo que estoy completamente enamorado de usted. Pero, siga usted tocando, por favor...

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El mismo decorado. Unas horas después. De noche, naturalmente. La escena sola. Suena el timbre. Cruza Madame apresuradamente y sale por el fondo. Al poco tiempo vuelve con Adela. Esta viste una magnífica «toilette» de noche. Se cubre con una capa de piel. Alguna joya.

MADAME.—Vamos... Entre usted. No tenga miedo.

ADELA.—¡Madame! No lo puedo remediar.

MADAME.—Es usted una mala aventurera... No sirve.

ADELA.—Madame, es la primera vez.

MADAME.—¿Ha salido todo bien?

ADELA.—No lo sé... Yo me he puesto nerviosísima. Cuando le dije que necesitaba salir sola, se quedó mirándome y no contestó. «Compréndelo, Fernando, decía yo, es una partida de «póker», solo entre señoras. Estas cosas ahora son muy naturales». ¿Lo hice bien, madame?

MADAME.—Si lo ha dicho usted así debió ser catastrófico... Pero tranquilícese; es mejor. ¿Y después?

ADELA.—Me dio mil pesetas.

MADAME.—¡Magnífico!

ADELA.—Y me aconsejó que no lanzase muchos faroles en el «póker». Luego, nada. Pero tengo mucha zozobra, madame. Me parece que lo de los faroles lo ha dicho con intención...

MADAME.—(Ríe) ¡Oh! (*Un timbre fuera*) ¡Ahí está!

ADELA.—(Asustadísima) ¿Quién?

MADAME.—Su marido...

ADELA.—¡Ay, Dios mío! Entonces, es que me ha seguido.

MADAME.—Si... Este recurso no falla casi nunca. (*Suena el timbre otra vez*).

ADELA.—¡Ay, madame, yo tengo mucho miedo!

MADAME.—No importa. Ya me lo ha dicho usted antes. Venga. Pasará usted el rato jugando a las cartas con Cristina...

(Salen las dos. Enseguida cruza la estancia Cristina y vuelve precediendo a Fernando. Este es un hombre de correctísima apariencia y gesto preocupado. Tiene una voz caliente y grave. Mira lleno de curiosidad a todos lados. Realmente, hay algo embarazoso en sus ademanes. Cuando entran, Cristina le indica con el gesto un asiento, él lo agradece. Cristina va a salir y él habla)

FERNANDO.—Perdón, señora... *(Cristina se detiene y sonrío).*

CRISTINA.—*(Muy amable)* Por Dios, está usted en su casa.

FERNANDO.—¿En mi casa?

CRISTINA.—Desde luego, madame es muy hospitalaria...

FERNANDO.—*(Cada vez más extrañado)* ¿Madame?

CRISTINA.—Con permiso...

(Sale. El visitante queda solo y mira con curiosidad alrededor. Consulta el reloj, pasea, etcétera. Aparece Madame. Se detiene en la puerta y sonrío)

FERNANDO.—Señora...

MADAME.—Buenas noches...

FERNANDO.—Buenas noches... *(La mira largamente. Está inquieto)* Buenas noches. Temo que la visita de un desconocido, a esta hora, sea un poco irregular.

MADAME.—No se preocupe. Casi todo lo que no es correcto es divertido...

FERNANDO.—*(Un poco nervioso)* Me explicaré en pocas palabras. Esta noche me he visto obligado a hacer algo que me repugna. Ya casi estoy arrepentido. He venido en un taxi, desde la calle de Serrano hasta la Gran Vía, siguiendo a otro taxi, en el que iba una persona que me interesa extraordinariamente...

MADAME.—¡Ah!

FERNANDO.—¿Decía usted?

MADAME.—No, nada. Pensaba en los dos taxis. Divertidísimo.

FERNANDO.—El caso es que el primer taxi se ha detenido ante el portal de esta casa. La persona que lo ocupaba era una mujer... Ha entrado y el ascensor la ha conducido a este piso. Me lo ha dicho el botones de servicio... Señora: es indudable que esa mujer está aquí. ¡Yo necesito saber por qué! Y, créame, tengo derecho...

MADAME.—*(Una fría y larga mirada)* No le entiendo.

FERNANDO.—*(En pie)* ¡Señora! Esa mujer es la mía... ¡Soy el marido! Tengo derecho a saber qué significa su visita en secreto a esta casa, esta noche...

MADAME.—He dicho que no le entiendo.

FERNANDO.—¿Quiere usted burlarse de mí?

MADAME.—No sé qué mujer busca usted aquí, en mi casa. Es inconcebible. ¿Qué pretende usted? Porque la otra muchacha alegre e ilusionada que usted espera todas las tardes, bajo ese balcón...

FERNANDO.—(*Palidece*) ¡Señora!

MADAME.—(*Inflexible*) ... no está ahora en mi casa. Es demasiado tarde. Salió cuando anochece. Desde aquí la vi por última vez... Era una mujercita de tantas como pasean por la Gran Vía. La seguía un desconocido... El mismo de todos los días. El hombre que ayer vestía traje azul y corbata gris. (*Mirándole fría e irónica*) Es uno de esos hombres que las muchachas, como ella, llaman muy interesantes. Alto, distinguido, tiene algunas canas y es un poco triste. Un hombre así suele ser irresistible para la imaginación de esas criaturas locas de sueños. (*Avanza un paso hacia él*) Pero lo que ellas no pueden adivinar nunca es cuándo hay un miserable dentro de un hombre interesante...

FERNANDO.—(*Airado*) ¿Qué emboscada es esta? ¿Quién es usted?

MADAME.—¡Una mujer! ¿Le parece a usted poco? ¡Se acabó la farsa! ¡Soy una mujer que le pide a usted cuentas del destino de otra mujer! Y usted hablará... ¡Hablará porque se lo pido con toda mi alma y porque se lo exijo! ¿Me oye usted? ¿Por qué la persigue usted? ¿Qué intenta?

(Durante las últimas palabras de Madame, él se ha dejado caer en un sillón y se ha tapado la cara con las manos. Una pausa. Luego habla con los ojos clavados en el vacío)

FERNANDO.—Nada...

MADAME.—¡Oh! ¿Qué pretende de esa criatura?

FERNANDO.—¡Nada!

MADAME.—¿Qué?

FERNANDO.—(*Con un doloroso rubor*) No pretendo nada. No quiero nada de ella. Nada, nada. ¿Lo oye usted? Pero no sé cómo decírselo... Hay secretos tan profundos, que a veces parece que no los conocemos ni nosotros mismos. Se sienten nada más: así es este secreto mío. No quiero nada de esa chiquilla... No pienso cómo sería un beso suyo... No puedo. Aun cuando ella cayera en mis brazos, no podría acariciarla por miedo a que se rompiera entre mis manos... ¡Es tan delicada! No quiero más que verla, ¿comprende usted? ¡Verla! Ver cómo anda por la calle, cómo sonrío cuando se ve en el cristal de los escaparates... Verla. Nada más que verla.

MADAME.—¡Oh! Pero, ¿por qué? ¿Con qué derecho?

FERNANDO.—Porque la necesito.

MADAME.—¡Usted!

FERNANDO.—Sí... ¡Yo! Necesito verla todas las tardes. Retener su imagen dentro de mí, porque luego, a la noche, en un hogar desgraciado, recordarla a ella, soñar con ella, es como escaparse de aquellas paredes, volar con los ojos cerrados, tener un poco, en sueños, la felicidad que yo había soñado, y que otra mujer buena, pero nada más que buena, no ha sabido darme. Señora, si usted supiera qué espantoso es un hogar donde ha fracasado el amor. Si usted supiera qué horrible es que nos digan «¡qué cansado estás!», cuando debieran preguntarnos «¿por qué estás tan triste?» ¡Oh! Hay una clase de mujeres buenas, intachables, cariñosas y fieles. Son esposas ejemplares, pero no saben amar.

MADAME.—¡Oh!

FERNANDO.—¡No comprenden nada! (*Con una angustiosa ironía*) Pero son tan buenas... Usted no sabe lo que es la vida de un hombre frente a una mujer así. Hay que huir, hay que escaparse aunque solo sea con la imaginación. Por esto sigo todas las tardes los pasos de esa mujercita. A la noche, aparece en mi imaginación, la veo, la siento cerca. Sueño, sueño... Frente a la realidad de mi mujer, ella es la otra, la mujer que no existe, pero que pudo existir, que pudo ser mi propia mujer. ¡Oh! Ya sé que así cometo una tremenda infidelidad. Una infidelidad que no castiga la ley, que no condena la sociedad. Una infidelidad sin amante, que es la mayor de todas. Es casi un crimen. Pero es mi venganza y me hace un poco feliz... Ahora ya sabe usted lo que quiero de esa muchacha. Ya ve usted todo lo que espero de ella. ¡Verla! ¡Nada! Vea usted qué poco es...

MADAME.—¡Usted está loco!

FERNANDO.—No. Pero soy desgraciado. Da lo mismo.

MADAME.—¿Y ella? ¿No ha pensado en ella?

FERNANDO.—¿Ella?

MADAME.—Ella, sí... Esa pobre niña que le cree un héroe de novela, un enamorado misterioso, que está dispuesta a enamorarse de usted con toda la fuerza de su primer amor...

FERNANDO.—No; eso no. ¡No es posible!

MADAME.—¡Está usted a punto de hacerla una víctima de su locura!

FERNANDO.—¡Ella... enamorada de mí! No, no puedo creerlo. (*Transición. Con otra voz*) ¡Si fuera verdad!

MADAME.—(*Amenazadora*) ¡¿Qué?! ¿Qué ha dicho? ¿Qué piensa? (*Él retrocede*) ¡¡Dígalos!! ¡Atrévase iy seré capaz de todo!

FERNANDO.—Pero, ¿tanto le importa a usted esa chiquilla?

MADAME.—(*Un sollozo*) Es mi hija...

FERNANDO.—(*Atónito*) ¡¡Su hija!!

MADAME.—Mi hija... Mi ángel. Mi Guillermina.

FERNANDO.—Su hija...

MADAME.—Mi hija... Mi secreto. ¿Le bastan a usted estas lágrimas para creerlo?

(Un gran silencio. Él se aparta y va al fondo, al balcón. Levanta un visillo y contempla unos instantes la noche, llena de estrellas. Mientras, solo se oyen los sollozos sordos de Madame. Vuelve Fernando lentamente... Es otro hombre)

FERNANDO.—¿Qué quiere usted de mí?

MADAME.—¡Apártese de su lado! ¡Déjela en libertad! ¡Que no vuelva a verle nunca!

FERNANDO.—¡Oh!

MADAME.—¿Lo hará usted?

FERNANDO.—Sí... Su hija no me verá más. Todo ha sido un mal sueño.

MADAME.—¡Gracias!

FERNANDO.—No soy un canalla. ¡Se lo juro! He sido un loco. Nunca creí que con la imaginación se pudiera causar tanto dolor... ¡Perdóneme! (*Una pausa*) ¡Y que su hija pueda perdonarme también!

MADAME.—Necesita usted otro perdón. El de una mujer que sufre mucho por usted...

FERNANDO.—(*Con melancolía*) ¿Mi mujer?

MADAME.—Sí.

FERNANDO.—(*Sonríe con amargura*) ¡Oh! Vine a esta casa por ella y ya la había olvidado...

MADAME.—Está ahí, en esa habitación...

FERNANDO.—Pero, ¿qué hace Adela aquí? ¿Quién es usted?

MADAME.—Yo no importo nada. Adela se ha refugiado en mi casa esta noche para fingir ante usted una aventura; para que tenga celos. Para conquistar otra vez su cariño...

FERNANDO.—(*Con una lejana ternura*) Era esa su escapada: el vestido, el perfume, el taxi... ¡Pobre Adela!

MADAME.—¡Mírela! (*Alza la cortina de la puerta*) Pídale usted perdón, no le pregunte nada y quíerala mucho. No importa que no le comprenda. Solo sabe querer... Cuando las mujeres lo comprenden todo es que quieren poco. Es mejor que sepan amar.

FERNANDO.—(*Emocionado*) ¡Adela! Pero, Adela, criatura... ¿Qué locura es esta?

(Y entra. Madame, sola, deja caer el cortinaje y respira hondamente. Es casi feliz. Fuera, una voz de muchacha llama suavemente)

VOZ.—*(Dentro)* ¿Está usted ahí, madame?

MADAME.—*(Corre alarmada hacia la puerta)* ¿Quién es? *(Aparece Guillermina)*
¡Tú, Guillermina! A esta hora... ¿Qué es esto?

GUILLERMINA.—Madame, la puerta estaba abierta. *(Se refugia en Paulina)* Madame, no me riña. ¡Me he escapado de casa!

MADAME.—¿Qué dices? ¡Estás loca!

GUILLERMINA.—Papá ha salido de viaje a las nueve y me he quedado sola con las criadas. Se han acostado, pero yo no podía dormir. De pronto me he acordado de usted y he sentido unos deseos muy grandes de venir a darle un beso...

MADAME.—*(Con el alma)* ¡Guillermina! ¡Hija!

GUILLERMINA.—Porque yo la quiero mucho, madame, y además yo necesitaba contarle a alguien esta noche que soy muy feliz... ¡Muy feliz! Y es posible que mañana sea el día más dichoso de mi vida...

MADAME.—*(Casi temblando)* ¿Mañana? ¿Por qué?

GUILLERMINA.—*(Con rubor)* Esta tarde he vuelto a la Rosaleda. Al volver, nos hemos cruzado, él se ha quitado el sombrero y me ha dicho muy fino: «Hasta mañana, señorita». ¿No cree usted, madame?...

MADAME.—Calla, calla... Una muchacha, como tú, sola en la calle a las doce de la noche... Guillermina, esto es una locura. ¡Qué pensaría tu padre si lo supiera! Vamos, pronto. Te llevaré yo misma... No podría dormir pensando en ti esta noche. ¡Aprisa! Tomaremos un coche. Las dos del brazo, muy juntas...

GUILLERMINA.—Pero, ¿no me da usted el beso, madame?

MADAME.—*(Cogiéndole la cara)* Sí, hija mía. Con toda mi alma... *(La besa)* ¡Mi Guillermina! Vámonos, vámonos...

(Salen. Queda sola la escena. Entran Adela y Fernando cogidos del brazo. Se dirigen lentamente hacia la salida)

ADELA.—¡Oh! Perdonarte... No tengo que perdonarte. Toda la culpa es mía. He sido siempre una pobre mujer. Buena... y nada más. Poca cosa.

FERNANDO.—Calla...

ADELA.—Los hombres necesitáis algo más que una mujer buena. Ya lo he aprendido. Sobre todo los hombres como tú, tan inteligentes, tan soñadores... *(Acariciándole la frente)* Yo sé que aquí está tu tormento. Si yo pudiera entrar

ahí, Fernando; yo sé que tú sueñas con otras mujeres, pero si pudieras, si pudieras soñar un poco conmigo...

FERNANDO.—¡Adela! ¡Adela!

ADELA.—¿Lo harás? Como entonces, como al principio. (*Una lágrima*) ¡Yo te sigo queriendo con toda mi alma!

FERNANDO.—Sí, Adela, empezaremos otra vez. Yo también lo quiero. ¡Lo necesito! Volveremos a sentirnos enamorados uno de otro... (*La abraza*) Pero, ayúdame, Adela.

ADELA.—(*Gozosa*) ¡Fernando!

FERNANDO.—¡Mi pobre mujer! Óyeme, mañana, muy temprano, saldremos de Madrid. Es preciso que pasemos el día en el campo... Necesito que no te separes de mí.

ADELA.—Sí... Será maravilloso. (*Él la lleva de la cintura hacia el fondo. Comienza a caer muy despacio el telón*) Pero, ¿no nos despedimos de madame Fleriot?

FERNANDO.—No. No quisiera volver a verla...

ADELA.—Yo no la olvidaré jamás... (*Le mira con todo cariño. Se detiene ante las cortinas del fondo a punto de salir*) Fernando, tienes que perdonarme. ¿Te acuerdas de las mil pesetas que me diste en casa? Pues me las ha ganado al «póker» la secretaria de madame Fleriot...

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado. Al otro día. La escena sola. Entran por el fondo Cristina y Tomás. Este último es un hombre joven, casi un muchacho: elegante, desenvuelto, con cierto aire deportivo en sus maneras.

CRISTINA.—*(Apareciendo)* Entre... Por aquí.

TOMÁS.—Gracias...

CRISTINA.—Madame saldrá enseguida. ¿Quiere sentarse?

TOMÁS.—Sí, sí,... Señora, por favor, ¿cómo está mi mujer?

CRISTINA.—¿Diana?

TOMÁS.—Sí.

CRISTINA.—Muy bien... Muy animada. *(Sonríe)* Anoche me hizo pasar un velada divertidísima contándome sus viajes...

TOMÁS.—¡Pero si mi mujer no ha viajado nunca!

CRISTINA.—¿De veras? Pues es una lástima, porque eran unos viajes preciosos...

(Sale. Tomás, solo, se levanta y da unos pasos. Aparece en el fondo Luciano. Trae un nuevo ramo de flores, un traje clarísimo y una sonrisa más primaveral que sus flores y su traje)

LUCIANO.—Buenos días...

TOMÁS.—Buenos días...

(Se contemplan un instante. Luciano, sonriente y curioso. Tomás, enfurruñado y mohíno)

Bueno... Por lo visto no he venido preparado.

LUCIANO.—¿Decía usted?

TOMÁS.—Me refiero a sus flores...

LUCIANO.—¡Ah! *(Va hasta el florero del piano y allí coloca amorosamente su ramo).*

TOMÁS.—¿Cree usted que debí haber traído para madame un ramo de flores?

LUCIANO.—¿Es usted amigo de madame Fleriot?

TOMÁS.—No la he visto en mi vida. Estoy aquí porque me ha llamado.

LUCIANO.—¿Le ha llamado? ¡Qué suerte! A mí me cuesta muchísimo trabajo quedarme cuando vengo.

TOMÁS.—Ya... *(Pasea y de pronto se vuelve)* Oiga, por favor, ¿cómo es madame Fleriot?

LUCIANO.—¡Oh!

TOMÁS.—¿Ah, sí?

LUCIANO.—Fascinadora... *(Sonríe)* Ayer estaba sentada ante ese piano. Llegué yo; me declaré. Le dije que estaba enamorado de ella y...

TOMÁS.—¿Qué?

LUCIANO.—Se puso a tocar la Serenata de Schubert y no me contestó...¹⁶ ¿Qué le parece?

TOMÁS.—Pche... Le diré. *(Pasea otra vez)* Pero resulta que yo no vengo a declararme a madame Fleriot. ¿Comprende usted? Mi visita es completamente distinta...

LUCIANO.—¿Algo grave?

TOMÁS.—¡Bah! Cosas de mujeres. Mi mujer, que por lo visto me engaña. Una lata.

LUCIANO.—*(Muy asombrado)* Hombre, sí. Un poco molesto.

(Pausa. Tomás pasea de nuevo. De pronto, se detiene frente a Luciano)

TOMÁS.—Creo que debemos presentarnos...

LUCIANO.—No hace falta. Sabemos uno de otro lo suficiente. Usted sabe que yo estoy enamorado de madame Fleriot. Yo sé que a usted le engaña su mujer. ¡A los hombres interesantes se les conoce a través de sus mujeres!

TOMÁS.—Muy ingenioso... Me llamo Tomás Montero.

LUCIANO.—Encantado.

TOMÁS.—Soy ingeniero agrónomo...

LUCIANO.—*(Asustado)* ¡Qué barbaridad!

TOMÁS.—¿Le parece a usted una barbaridad que yo sea ingeniero agrónomo?

LUCIANO.—Hombre, a su edad...

TOMÁS.—¡Señor mío! ¡Todos los ingenieros agrónomos del mundo han tenido mi edad!

LUCIANO.—Tiene usted razón. Es que a mí me sucede con el campo lo mismo que con la Revolución francesa: lo conozco por referencias... Soy un hombre de

¹⁶ *Serenata*: una de las melodías más célebres escritas durante el Romanticismo, pertenece a *El canto del cisne* de Franz Schubert.

ciudad. (*Transición. Se ríe*) Pero usted, que es ingeniero agrónomo, ¿a que no sabe usted cuántos árboles hay en la Castellana, desde Ayala a Lista?

TOMÁS.—¡Señor mío!

LUCIANO.—(*Muy serio*) Cuatrocientos ochenta en diez filas, cinco en cada andén...

TOMÁS.—¡Oh!

LUCIANO.—Y quinientos diez desde Génova hasta Riscal. Y...

TOMÁS.—(*Irritadísimo*) ¡Oh, basta! ¡Basta! No supondrá usted que yo he recibido una llamada de madame Fleriot, diciéndome que me engaña mi mujer, para que usted me cuente los árboles que hay desde Atocha hasta el Hipódromo...¹⁷
¡No faltaría más!

LUCIANO.—¡Oiga!

(*Aparece Madame, que los contempla asombrada*)

MADAME.—Pero, señores, ¿qué es esto?

TOMÁS.—¡Señora!

LUCIANO.—No tiene importancia, madame... El señor y yo discutíamos sobre agricultura... (*Sonríe*) Madame: tengo que hacer a usted una confesión. Siempre me han molestado mucho los ingenieros, pero con los ingenieros agrónomos soy absolutamente incompatible...

TOMÁS.—Señor mío, le ruego...

LUCIANO.—(*Olímpico*) Buenas tardes, madame. ¡Volveré!

(*Y sale. Madame ríe. Tomás aprieta los puños*)

TOMÁS.—Si no fuera...

MADAME.—No le haga usted caso. Es un niño. Un niño grande y muy bueno...
(*Sonríe*) Supongo que es usted el señor Montero.

TOMÁS.—Sí, madame.

MADAME.—Le agradezco mucho que haya venido inmediatamente.

TOMÁS.—Señora, no es para menos. Hace dos días que no veo a mi mujer. Claro que yo estaba tranquilo porque sabía que Diana estaba aquí, en su casa. Alguien me habló de usted y comprendí que debía dejarlo todo en sus manos. Ya ve usted que he sido prudente hasta que usted me ha llamado...

¹⁷ En la estación ferroviaria de Atocha se inicia el Paseo del Prado, al que sigue el de Recoletos y el de la Castellana; los tres atraviesan Madrid de sur a norte. El antiguo Hipódromo estaba en la zona que hoy ocupan Nuevos Ministerios.

MADAME.—¿Luego usted sabía que su mujer estaba en mi casa?

TOMÁS.— (*Suficiente*) ¡Naturalmente! Me lo ha dicho la doncella de mi mujer. Yo estoy siempre enterado de todos los secretos de Diana.

MADAME.—¿De todos?

TOMÁS.—¡De todos!

MADAME.—Entonces, ¿lo sabe usted?

TOMÁS.—(*Ríe*) ¡Claro!

MADAME.—¿Y le hace a usted gracia que su mujer le haya engañado?

TOMÁS.—(*Repentinamente serio*) Un momento, madame. Me hace gracia que mi mujer me haya engañado, porque no es verdad.

MADAME.—¿Qué dice? Por lo visto ignora usted lo del viaje a Mallorca...

TOMÁS.—Señora, Diana no ha estado en Mallorca más que una vez en su vida, hace tres años, cuando me conoció a mí... Los dos éramos estudiantes y coincidimos un verano de vacaciones.

MADAME.—Pero, ¿me negará que Diana estuvo ausente de su casa una temporada?

TOMÁS.—¡Claro! En Santander, sí señora. También estoy enterado. Marchó allí en secreto a casa de una tía nuestra, muy anciana, a raíz de cierto disgusto entre ella y yo...

MADAME.—¡No es posible! Hay una aventura en la cueva del Drach...

TOMÁS.—(*Sonríe*) Un joven se le acercó y le dijo: «Señorita, es usted muy sensible».

MADAME.—Sí.

TOMÁS.—Fui yo. Así empezamos.

MADAME.—Los paseos en Palma a la luz de la luna...

TOMÁS.—Conmigo.

MADAME.—Ese enamorado alto, distinguido, interesante...

TOMÁS.—Soy yo. (*Sonríe*) Madame, está mal que lo diga; pero soy yo. Es que mi mujer me favorece. (*Sonríe otra vez*) Diana es muy fantástica, señora. En el adulterio de mi mujer el amante y el marido es una misma persona. Yo. El engaño no está más que en su imaginación. Y como ni siquiera con la imaginación es capaz de engañarme, para engañarme busca la imagen de otro hombre, que soy yo mismo... Eso es todo. Nunca comprenderé por qué Diana inventa estas historias...

MADAME.—(*Con ternura*) ¡Pobre Diana!

TOMÁS.—¡Señora!

MADAME.—Pobrecita Diana... A mí no pudo engañarme ayer, cuando me contó su fabulosa historia, pero su mayor fracaso es que no haya podido equivocarle a usted...

TOMÁS.—Señora, ¿preferiría que mi mujer fuera una cualquiera, capaz de todas las traiciones?

MADAME.—¡Oh, no! Pero me gustaría que usted lo hubiera creído por unos momentos... Eso es lo que pretende la pobre Diana, para que usted sienta cómo es el dolor de sentirse engañado cuando se quiere con toda el alma. ¡Para que usted sepa cuánto ha sufrido ella cuando se ha visto traicionada por usted!

TOMÁS.—(*Confuso*) ¡Qué chiquilla! ¡Qué loca!

MADAME.—Ella llegó a mi casa pretendiendo engañarnos a todos. Me ha contado a mí esa falsa historia para que yo corriera a contársela a usted, y, entonces, cuando usted hubiera estado loco de celos y de rabia, ella, ella misma, le hubiera confesado que todo era mentira... Pero este hubiera sido todo su triunfo. Un poco de dolor en usted... No ha podido conseguirlo porque esta mujercita es un ángel y los ángeles no saben engañar. ¡Y aún dice usted que no sabe por qué su mujer inventa estas historias!

TOMÁS.—Señora...

MADAME.—¿Cómo pudo usted engañarla con otra mujer? ¿Cómo ha sido usted capaz?

TOMÁS.—No lo sé... No quisiera hablar de esto. Fueron unos días de locura. Una infamia. Pero no sucederá más...

MADAME.—¿Me lo promete?

TOMÁS.—¡Se lo juro! No creí que Diana sufriera tanto. No, no. No la engañaré más. Me da miedo esa cabecita llena de locuras... ¡Mi Diana!

MADAME.—Su Diana, sí. Ningún hombre pudo nunca sentirse tan dueño de una mujer, como usted. Es usted siempre su único héroe; hasta en sus malos pensamientos...

TOMÁS.—¿Puedo verla, madame? (*Sonríe*) Figúrese. Estoy loco por abrazarla...

MADAME.—No... (*Sonríe también*) Ahora no; se lo ruego. Debe usted irse solo.

TOMÁS.—¡Madame!

MADAME.—Dejemos por unos minutos que el triunfo sea de ella. Hagamos que triunfe su verdad. La verdad que ella ha inventado...

TOMÁS.—¿Qué quiere usted decir?

MADAME.—¿No lo entiende?

TOMÁS.—¿Pretende usted que yo aparente creer esa historia de su infidelidad?

MADAME.—Sí...

TOMÁS.—¡Imposible señora!

MADAME.—(*Asombrada*) ¿Por qué?

TOMÁS.—¡No lo permitiría mi dignidad!

MADAME.—¡Oh! (*Ríe*) ¡Su dignidad! Dios mío... Pero, qué cosas dicen los hombres. Merecería usted perder a Diana para siempre.

TOMÁS.—(*Irritado consigo mismo*) ¡No, no, no! ¡No es eso! Es que no sé lo que digo. Es que pensar solo por un instante que Diana puede haber querido a otro hombre...

MADAME.—(*Se acerca a él, le mira y sonrío*) Es muy amargo, ¿verdad?

TOMÁS.—¡Sí! ¡Mi pobre muñeca! Cuánto ha debido sufrir. (*Transición. Con otra voz, humildemente*) ¿Qué debo hacer?

MADAME.—Muy poco... Váyase ahora. Dentro de unos minutos, ella correrá a su lado para decirle que todo es mentira... Calle, no proteste.

TOMÁS.—(*Sonríe*) Está bien... Buenas tardes, señora. (*Corre a la salida. En la puerta se detiene*) Si esto es la felicidad de Diana y mía, nunca olvidaré que se la debemos a usted... ¡Gracias!

(*Sale. Madame le despide sonriente. Toca un timbre. Una pausa. Entra Cristina cautelosamente*)

CRISTINA.—¿Qué? ¿Se fue?

MADAME.—Sí...

CRISTINA.—(*Se vuelve a la puerta y habla hacia dentro*) ¡Se marchó! Ya puede usted entrar...

(*Aparece Diana. Está arrebolada de emoción y rubor. Tiene los ojos llenos de lágrimas*)

DIANA.—¡Madame!

MADAME.—¡Diana!

DIANA.—(*Con el alma*) ¿Qué ha pasado?

MADAME.—¡Oh! Ha sido terrible...

DIANA.—¡¡Dios mío!! ¿Ha sufrido mucho?

MADAME.—Sí... Creí que se volvía loco. No podía creerlo. Se fue deshecho... Parece otro hombre.

DIANA.—¡Pobre Tommy! No, no... No puedo dejar que sufra, no quiero. Tengo que decirle la verdad... ¡La verdad es que todo es mentira! ¡No le he engañado nunca! Pobre Tommy, pobre, pobre, pobrecito mío... Madame..., ¿cree usted que lo alcanzaré?

MADAME.—(*Muy emocionada*) Sí... Vaya deprisa.

DIANA.—Voy corriendo... Adiós, madame. Volveré; pero ahora... Tommy... Mi vida, corazón, querido mío, mi cielo... ¡Tommy! ¡Tommy! ¡Tommy!

(Y sale loca de emoción y de triunfo. Se oye su voz hasta perderse. Madame se seca una lágrima. Cristina estupefacta)

CRISTINA.—*(Atónita)* Pero, ¿qué es esto?

MADAME.—*(Emocionada)* Un milagro. ¡Nada menos que una mujer enamorada!

(Aparece Luciano)

LUCIANO.—¿Puedo entrar?

CRISTINA.—¡El que faltaba!

(Ríe Madame)

LUCIANO.—¿Cómo?

CRISTINA.—No, nada... *(Finísima)* Si tiene usted que salir por la escalera interior, ya sabe el camino. Por aquí. *(Y sale)*.

LUCIANO.—¡Señorita! *(Ríe Madame. Luciano, seducido por su risa, acude a su lado)*
¡Madame!

MADAME.—Buenas tardes, Luciano.

LUCIANO.—¿Qué ha sucedido, madame? En la escalera, una muchacha, que bajaba como una loca, casi me ha atropellado; y dos pisos más abajo, el ingeniero agrónomo me ha dado un abrazo y me ha dicho que es usted una mujer extraordinaria...

MADAME.—¡Oh!

LUCIANO.—Lo del ingeniero me ha molestado bastante.

MADAME.—¿Es posible?

LUCIANO.—Sí, sí. Me fastidia mucho que la elogien otros hombres. Yo soy muy celoso. Cuando sea usted mi mujer...

MADAME.—¡Qué loco es usted!

LUCIANO.—¿Loco? *(Se acerca)* Paulina, no es una locura. Ayer le dije que la amaba.

MADAME.—Porque es usted un hombre bien educado...

LUCIANO.—¿Qué?

MADAME.—Sí, Luciano. Cuando un hombre bien educado va de visita a casa de una mujer y no se le ocurre nada interesante para saludarla, ya se sabe, se le declara. Es la costumbre...

LUCIANO.—No, Paulina... No hable usted así. La necesito. ¡No puedo más! Me ahoga esta soledad... Si usted quisiera...

MADAME.—Si yo quisiera, usted sería un amor más en la vida de Paulina Rosas...
¿No es eso?

LUCIANO.—Un amor más, no. ¡El amor!

MADAME.—Es demasiado tarde, Luciano, para ser el único. Y usted vale demasiado para ser uno más.

LUCIANO.—Paulina: el pasado en una mujer como usted es... un vestido viejo que, cuando pasa de moda, no se lleva y se olvida. A mí, personalmente, me parece de muy mal gusto registrar en el guardarropa de las señoras. *(Acercándose)* Créame usted, Paulina... Usted, que hace la felicidad de otras mujeres, ¿no quiere mirar un poco hacia sí misma? Nos iremos a Lisboa, después a América. Desde ayer he vuelto a tener ambiciones, como antes. ¡Usted puede salvarme, Paulina! ¿Quiere usted?

(Una larga pausa. Ella va hacia el balcón. Él la sigue con la mirada. Madame, al volver, se detiene frente al piano y sonrío. Se vuelve hacia Luciano)

MADAME.—¡Luciano! Hace veinte años, en una casita en Madrid, una muchacha tocaba al piano el «Vals de las velas» todas las noches... Eran veladas de un matrimonio como tantos. Ella era soñadora; tenía la cabeza llena de ensueños y de locuras. ¡Si él hubiera sabido convertirse en el héroe de los sueños de su mujer! Fueron tan distintos, que jamás se pudieron comprender. Ella se ahogaba día a día en aquella vida de incompreensión noche a noche, en aquellas veladas tan largas y tan atroces... Él, se hizo brutal, áspero... Estuvo a punto de llegar al odio... *(Transición)* ¡Sí, sí; ya sé lo que va usted a decirme, lo que dijeron todos entonces; lo que dicen siempre las gentes que pueden vivir sin imaginación! Ella debió callar y esperar, y sufrir siempre, toda la vida, como era su deber. Hay así muchos matrimonios... *(Un sollozo)* Pero ya le he dicho a usted antes que se volvió loca. Un día, no pudo más, y escapó. Se fue a París, y allí ha vivido dieciocho años...

LUCIANO.—*(Atónito)* ¡Usted!

MADAME.—Yo, sí... *(Se le corta la voz)* Él vino a buscarme, pero me negué a volver. Y tuve que jurarle que renunciaba para siempre a mi hija...

LUCIANO.—¡Una hija!

MADAME.—Fui una mala mujer, ¿verdad, Luciano? *(Esconde el rostro entre las manos)*.

LUCIANO.—¡Oh!

MADAME.—Aquella hija me cree muerta desde hace dieciocho años; es el tiempo que yo he pasado en París, en una vida de aventura y de triunfo... Pero la he

visto crecer con la imaginación noche tras noche. Yo sabía que un día mi hija me necesitaría. Necesitaría por lo menos a esta madame Fleriot, que tanto sabe de amor... Yo también necesitaba acercarme a ella, a pesar de mi juramento. Por eso vine a Madrid e inventé esta academia de amor. Fue muy fácil atraerla; vino entre mis primeras clientes... Es una mujercita, como todas las de su edad, anhelante de felicidad y muy curiosa. Cristina enviaba unas circulares los primeros días... Una de ellas fue a parar a manos de mi hija.

LUCIANO.—Paulina, Paulina... Ahora más que nunca, ¡qué extraordinaria es usted!

MADAME.—No, Luciano. Soy una pobre mujer que cometió un gran pecado porque soñaba demasiado. Ahora, esta casa mía es otro sueño que redime un poco aquel delito de haber soñado. Hay algo que solo a un hombre como usted puede decirle una mujer como yo: el mejor perfume del amor es la honestidad... Yo estoy aquí a la sombra para que la vida de mi hija tenga siempre ese olor. Y soy casi feliz así... No sabe que soy su madre, pero a veces me pide que la dé un beso. Anoche estuve allí, en la antigua casa del barrio de Salamanca, frente al jardín de la Biblioteca.¹⁸ Me llevó mi hija del brazo. ¡Fue un milagro! En la casa todo ha cambiado. Los muebles son otros; parece que hasta las paredes son distintas... Pero el viejo piano, donde yo tocaba mi canción todas las noches, está allí; inmóvil, como el pasado, como los recuerdos, como mi delito. ¡Como el amor de un hombre que todavía me quiere!

LUCIANO.—¿Y ese hombre, no perdonará nunca?

MADAME.—No... Es demasiado tarde. Me quiere como si de verdad hubiera muerto. Es su único perdón. *(Alza los ojos hacia él y sonrío en medio de sus lágrimas)* ¿Comprende usted ahora, Luciano, por qué no puedo quererle; por qué no debe usted enamorarse de madame Fleriot?

(Hay una pausa. En el fondo aparece Guillermina. No puede ver a Luciano. Está un poco pálida. Va despacio, al lado de Madame)

MADAME.—¡Guillermina! ¡Tú!

GUILLERMINA.—Sí, madame... *(De pronto se tapa los ojos con una mano y llora)*
¡Madame!

MADAME.—¡Chiquilla!

¹⁸ La Biblioteca Nacional; como Adela, también Madame vivía en la calle Serrano.

GUILLERMINA.—Es que... ¡No ha venido!

MADAME.—¡Oh!

GUILLERMINA.—He esperado mucho rato, pero ha sido inútil. ¿Por qué hace esto, madame? Usted que todo lo sabe, dígame: ¿es que no volverá?

MADAME.—*(Emocionada)* Seguramente no volverá. Pero lo importante para ti no es él, es el amor, que vuelve siempre. Mírame, Guillermina. Tú no estabas enamorada de ese desconocido... Lo sé. Y tú también lo sabrás mañana. Tú sientes un amor mucho más grande, más hermoso. ¡Tú estás enamorada del amor!

GUILLERMINA.—Madame...

MADAME.—Ea; sécate esas lágrimas. Ya has tenido una ilusión y ya has llorado. ¡Ya eres una mujer! Entra... Hoy daremos nuestra clase de amor en la terraza, al sol.

(Acompaña a la muchacha dulcemente hasta una puerta. La muchacha sale. Un silencio)

LUCIANO.—*(Bajo)* ¿Es ella?

MADAME.—*(Con alegría y orgullo)* Sí... ¡Está salvada! ¡Mañana ya no llorará!

LUCIANO.—Es encantadora... *(Pausa cortísima. Una transición de Luciano y se vuelve hacia ella)* ¿Me perdona usted, Paulina?

MADAME.—¡Oh, Luciano! ¿Qué he de perdonarle?

LUCIANO.—Todo. Mi llegada a esta casa ha sido la causa de que se removieran sus recuerdos... Y luego, mi estúpida declaración de ayer. Bueno. Soy incorregible. Como soy tan impresionable, me enamoro enseguida...

MADAME.—¿Amigos?

LUCIANO.—Sí. ¡Adiós, Paulina!

MADAME.—¿Adónde va usted?

LUCIANO.—¡A la calle! Es mi sitio. Son las seis. Me toca la Gran Vía... Voy a ver cómo, dentro de un rato, se encienden los anuncios luminosos. No me gusta fallar.

(Los dos están muy emocionados)

MADAME.—¿Volverá usted?

(Le tiende una mano, que él besa)

LUCIANO.—(*Sonríe*) Sí. Pero dentro de algún tiempo... Estos días voy a estar muy ocupado.

MADAME.—(*Sonríe*) ¿Algún negocio importante?

LUCIANO.—Importantísimo. Tengo que olvidarla a usted.

(Y se va. Madame le despide con la mano. Luego va hasta el fondo y le ve salir desde la embocadura de las cortinas. Entra Cristina)

CRISTINA.—¿Sola?

MADAME.—Sí...

CRISTINA.—¿Estás triste?

MADAME.—(*Sonríe*) Un poco cansada... Pero con una paz en el alma muy grande. ¡Dame un abrazo, Cristina!

CRISTINA.—Sí, mujer... ¿Y ahora, Paulina?

MADAME.—(*Sonríe feliz*) Ahora aquí, para siempre. Toda la vida, madame Fleriot al servicio de las mujeres que sufren por un loco o un malvado, o por ellas mismas. En cada nueva enferma de amor que entre por esta puerta puede haber una mujer como Adela o como Diana, o una criatura como Guillermina. Te prometo que para todas tendrá un remedio madame Fleriot. Para todas, sí... Les diré que el amor es el milagro más hermoso que ha hecho Dios. Les diré que la vida solo es bella cuando se ama. (*Como si se dirigiera a un auditorio. Cristina sonrío*) ¡Oh! Pero, ¿qué es el amor? ¿Cómo se ama? Lo que sucede es que el amor es muy difícil: como los trajes de etiqueta, no sienta bien a todo el mundo. Y, sin embargo, para hacer el amor hay que llevar el alma bien vestida... (*Avanza unos pasos hacia la batería, dirigiéndose al público. Cristina, sonriendo, sale*) Señorita: ¿qué sabe usted del amor? ¿Conoce usted el sentido exacto de una galantería? ¿Sabe usted flirtear? Señora, aunque lleve usted diez años de matrimonio, no se haga ilusiones; es muy posible que no conozca usted a su marido ni conozca usted el amor... Señorita, ¿cree usted que va a conquistar el mundo porque sabe usted taquigrafía y tres idiomas? ¡La compadezco, señorita! ¿Ama usted y no es correspondida?... ¡Cuénteme su caso, por favor! Para las solteras tengo un lema: todas se pueden casar. Y otro para las casadas: la amante pierde siempre. ¡Señoras y señoritas! Las espera a ustedes madame Fleriot...

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE